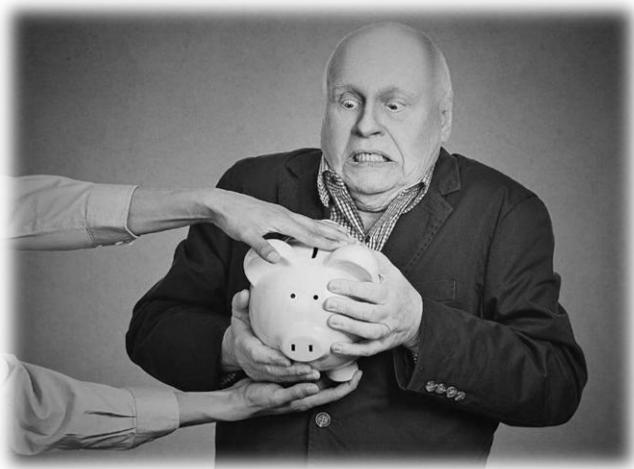


SER TACAÑO ES OTRA COSA



OSVALDO REBOLLEDA

SER TACAÑO ES OTRA COSA



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Los motivos de un libro como este.....5

Capítulo uno:

Tacañería no es prudencia.....15

Capítulo dos:

La raíz invisible.....27

Capítulo tres:

El pecado de la avaricia.....38

Capítulo cuatro:

La ruina espiritual del tacaño.....49

Capítulo cinco:

Generosidad el antídoto del alma.....61

Capítulo seis:

Somos administradores no dueños.....74

Capítulo siete:

La economía del Reino.....84

Capítulo ocho:

La liberación del espíritu tacaño.....93

Epílogo105

Reconocimientos.....108

Sobre el autor.....110



LOS MOTIVOS DE UN LIBRO COMO ESTE

*“Donde esté vuestro tesoro,
allí estará también vuestro corazón.”*

Mateo 6:21

Hace algunos años se produjo en la Iglesia una reforma doctrinal en relación con las finanzas. Aquella reforma confrontó de manera directa la mentalidad de escasez que predominaba entre muchos creyentes. Bajo la excusa de que lo material no debía importar, se había instalado una cultura donde casi nadie daba con generosidad y, como consecuencia, tampoco se experimentaba una economía saludable entre los hijos de Dios.

Hablar de finanzas en la Iglesia, o enfatizar la importancia del dar, era considerado una expresión de vanidad interesada. El progreso material era visto como una distracción espiritual, y no como una herramienta al servicio del Reino. Por esa razón, muchos creyentes comprometidos con Dios evitaban procurar crecimiento económico, y algunos ministros que, por diversas razones, prosperaban financieramente, solían ocultarlo con discreción.

Sin embargo, aquella enseñanza se extendió ampliamente entre el pueblo evangélico, y no sin

fundamentos aparentes, ya que las Escrituras hablan con notable frecuencia de finanzas, riquezas, bienes y recursos. De hecho, la Biblia menciona más veces los bienes materiales que la fe o la oración. No porque el dinero sea más importante para Dios, sino porque es un factor clave para la expansión del Reino en medio de un sistema perverso cuyo principal lenguaje es el poder económico.

En el Reino de Dios, el poder de la Iglesia es espiritual; pero en el sistema del mundo, el poder se manifiesta a través de las finanzas. Cuando la Iglesia procura desarrollar poder espiritual, pero rechaza todo lo material, se cierran puertas estratégicas. Entonces surgen muchos planes, muchas visiones y muchos anhelos, pero pocas realizaciones concretas, porque dentro de este sistema los recursos son indispensables.

La correcta asimilación de las enseñanzas financieras produjo un cambio significativo. Muchos ministerios y hermanos comenzaron a prosperar; lo que parecía atado en lo material empezó a liberarse. La Iglesia cambió, la mentalidad se renovó y las metas comenzaron a concretarse. Se construyeron nuevos edificios, se renovaron instalaciones, se mejoraron los recursos tecnológicos y se abrió un amplio abanico de posibilidades para congresos, eventos y misiones.

Al mismo tiempo, los creyentes que comprendieron la dinámica financiera del Reino comenzaron a prosperar a nivel personal y familiar. Aquello fue notorio y profundamente gratificante. Sin embargo, quienes se

resistían o no obtenían los mismos resultados empezaron a señalar la mala actitud de ciertos ministros que utilizaron el mover de fe para prosperar de manera obscena y desmedida.

Algunos aprovecharon el impulso de la fe para manipular audiencias, utilizando estrategias forzadas y conceptos distorsionados de las Escrituras. Se apropiaron de lo profético y desviaron el mensaje hacia pactos, desafíos e intercambios cuyo único objetivo era recaudar dinero. Esto produjo profundas grietas en una intención que originalmente provenía del corazón de Dios.

Las enseñanzas financieras comenzaron entonces a ser señaladas como parte de lo que se denominó “el evangelio de la prosperidad”. Quienes hicieron esa generalización cometieron un grave error: en lugar de discernir, señalar lo incorrecto y retener lo verdadero, optaron por desecharlo todo. Tiraron el pañal sucio junto con el bebé que debía ser cuidado. Esa decisión produjo una pérdida considerable, y sus consecuencias aún se perciben en la Iglesia de nuestro tiempo.

Los hijos de Dios siguieron deseando prosperar, pero aprovechando las críticas hacia los abusos de algunos, muchos optaron por cerrar sus manos. Como resultado, todo comenzó a estancarse también para ellos. Algunos que nunca dieron, y otros que dieron solo por emoción, concluyeron que las enseñanzas financieras no servían, y utilizaron las redes sociales para proclamar una y otra vez que toda enseñanza sobre finanzas en la Iglesia era un fraude.

El daño fue profundo. Es cierto que hubo ministros que debieron ser confrontados y desenmascarados, pero nunca debió detenerse la verdad del evangelio del Reino. Que algunos hayan utilizado para mal principios claramente enseñados por Dios no justificaba destruir todo el avance que se había logrado.

Finalmente, los tacaños encontraron paz. Pudieron justificar su avaricia bajo el pretexto de enseñanzas erradas y ministros aprovechadores. En lugar de ejercer discernimiento y separar lo bueno de lo malo, descalificaron todo y se acomodaron en una postura pasiva frente al dar.

Este libro contiene un dejo de ironía, y quizá refleje algo de mi propio malestar. Como ministro del evangelio, conozco bien la verdad de las enseñanzas financieras en la Iglesia. Sirvo a Dios con limpia conciencia y tengo demasiado que perder como para utilizar mi ministerio con fines económicos ocultos. Jamás lo haría. Por eso también duele que se coloque a todos los ministros en la misma categoría, una actitud que carece de justicia y sabiduría.

El tema financiero es, sin duda, uno de los más difíciles y hostiles de enseñar en la Iglesia, lo cual resulta profundamente injusto, porque las finanzas son una necesidad real para la vida y los proyectos de cada creyente. El deseo del ministro es ayudar, y sé cómo hacerlo, pero el solo intento de enseñar suele generar rechazo, críticas y sospechas infundadas. Tal vez por eso se perciba cierta ironía en este material; lo cual no nace del rencor, nunca escribiría

desde ese lugar, sino del anhelo de desenmascarar una tacañería que muchos esconden detrás de una falsa espiritualidad.

En el corazón humano hay algo que tiembla cada vez que Dios habla de dinero. No porque el dinero sea malo en sí mismo, sino porque toca la fibra más sensible del egoísmo. El dinero revela lo que amamos, lo que tememos y en quién confiamos. Jesús lo sabía, y por eso habló de las riquezas con más frecuencia que de muchos otros temas espirituales. En esa frase breve y penetrante se esconde una verdad profunda: el dinero no es solo un asunto económico; es un espejo del alma. No define cuánto poseemos, sino quién nos posee.

“Ser tacaño es otra cosa”. No se trata simplemente de cuidar el dinero o evitar gastos innecesarios. La tacañería es un espíritu, una enfermedad invisible del alma que distorsiona la manera en que vemos a Dios, a los demás y a nosotros mismos. Es el amor propio disfrazado de prudencia; es la fe puesta en los números en lugar de en el Dios que provee. Es el intento desesperado del corazón por asegurar el mañana sin confiar en el Padre.

La tacañería no es solo un defecto de carácter; es una expresión de incredulidad. El hombre o la mujer tacaña dice creer en Dios, pero en lo profundo teme que Él no sea suficiente. Esa desconfianza sutil cierra el puño en lugar de abrir la mano. El corazón se endurece, la mirada se vuelve calculadora y la vida pierde su aroma de generosidad. Por fuera parece un problema de dinero; por dentro, es un

problema de fe. La tacañería es el lenguaje de un alma que ha olvidado quién es su verdadero proveedor.

“Nadie puede servir a dos señores, pues menospreciará a uno y amará al otro o querrá mucho a uno y despreciará al otro. Ustedes no pueden servir a la vez a Dios y a las riquezas.”

Mateo 6:24 NVI

Cada día elegimos a quién servimos: al Dios que da o al dios que retiene. Lo trágico es que muchos creyentes sinceros, sin advertirlo, han cambiado de señor. Oran a Dios, pero sirven al dinero. Asisten a la iglesia, pero adoran la seguridad de su cuenta bancaria. Predican la fe, pero viven del cálculo. Así, la tacañería, silenciosa y disimulada, se convierte en una forma socialmente aceptada de idolatría dentro del pueblo de Dios.

El corazón tacaño mide su valor por lo que posee, no por lo que entrega. Vive acumulando “por si acaso”, como si el futuro dependiera de su propia prudencia y no del cuidado divino. Vivimos en una época en la que la tacañería se disfraza de responsabilidad. Se le cambia el nombre y se la llama “buena administración”, “planificación financiera” o “precaución ante tiempos difíciles”. Sin embargo, la Biblia establece una clara diferencia entre la prudencia del justo y la avaricia del egoísta.

El prudente ahorra con propósito; el tacaño acumula por miedo. El prudente administra lo que Dios le confió; el

tacaño actúa como si lo que posee le perteneciera. Y en ese pequeño desplazamiento, de la mayordomía a la posesión, se esconde un gran engaño. Porque ***“del Señor es la tierra y su plenitud; el mundo y los que en él habitan”*** (Salmo 24:1). No somos dueños, somos administradores. No somos propietarios, somos siervos. Y cuando el siervo olvida quién es el verdadero dueño, comienza a comportarse como un ladrón piadoso.

La tacañería no solo empobrece el alma; también mata la compasión. Quien ama el dinero termina usando a las personas, pero quien ama a Dios aprende a usar el dinero para bendecir a las personas. Esa es la diferencia fundamental. El tacaño mide cada acto de bondad con una calculadora invisible: da si le conviene, ayuda si no lo incomoda, comparte si no lo expone a perder. El corazón generoso, en cambio, da porque ha entendido que el dar no lo empobrece, sino que lo libera.

Dios no necesita nuestro dinero; necesita nuestro corazón. Pero sabe que el corazón siempre sigue al dinero. Por eso nos llama a dar, no porque Él sea pobre, sino porque nosotros lo somos. La generosidad sana el alma de la esclavitud del tener. Nos recuerda que todo lo que poseemos es temporal y que solo lo eterno tiene verdadero valor.

Ser tacaño no es una cuestión de montos, sino de mentalidad. Hay ricos generosos y pobres profundamente tacaños. La tacañería no depende del tamaño de la cartera, sino del tamaño del corazón. Un alma que ha sido redimida

por la gracia no puede seguir viviendo con el puño cerrado. El Espíritu Santo produce en nosotros un espíritu nuevo: uno de libertad, gratitud y generosidad. La tacañería es esclavitud; la generosidad es adoración.

Por eso, este libro no es una crítica económica, sino un llamado espiritual. No busca que algunos hermanos den más dinero, sino que se entreguen más a Dios. Que examinen sus motivaciones, que descubran si su confianza está en los recursos o en el Proveedor. Que se atrevan a abrir la mano, no solo para dar, sino también para recibir el gozo de vivir confiando plenamente en Él. Cuando el creyente entiende que todo pertenece a Dios, deja de temer al dar. Cuando confía en el Padre, aprende a soltar. Y cuando aprende a soltar, descubre la verdadera abundancia: la que no depende de una cuenta bancaria, sino de la presencia de Dios.

Este libro los llevará a mirar de frente un pecado que rara vez se confiesa, pero que contamina silenciosamente la fe de muchos. No se trata de finanzas, sino de fidelidad. No se trata de cuánto tienen, sino de cuánto confían. Porque en el Reino de Dios, el dinero es una herramienta, no un trono. El tacaño adora sus recursos; el generoso usa sus recursos para adorar. Y al final, cada uno cosecha el fruto de su siembra: el primero recoge sequedad y soledad; el segundo, abundancia de gozo y justicia.

Si alguna vez sintieron que dar es perder, este libro quiere recordarles que dar es ganar. Si alguna vez creyeron que cuidar lo propio era protegerse, aquí descubrirán que la

verdadera protección nace de confiar. Si alguna vez justificaron actitudes de tacañería llamándolas prudencia, aprenderán que la fe verdaderamente prudente es generosa, porque sabe que el Dios que dio a su propio Hijo no negará nada a sus hijos.

Al final, “ser tacaño es otra cosa”. No es un rasgo de personalidad, sino una carencia de fe. Es vivir con mentalidad de escasez dentro de un Reino de abundancia. Es seguir a Cristo sin parecerse a Él. Este libro es una invitación a romper esa contradicción, a volver a la sencillez del Evangelio, donde el amor se expresa dando, la fe se demuestra confiando y la verdadera riqueza no se mide en monedas, sino en corazones transformados. Porque quien vive para retener termina vacío; pero quien vive para dar, vive lleno de Dios.

Por último, quiero dejar algo muy claro: no creo en el llamado “evangelio de la prosperidad”, pero sí creo profundamente que el evangelio del Reino prospera. Este libro está dirigido a quienes abran su corazón y su mente con humildad y confianza; a quienes, en lugar de reaccionar con temor y queja, se aferren al discernimiento y a la seguridad que produce el Espíritu Santo; a quienes deseen alcanzar todo lo que Dios tiene preparado para sus vidas; a quienes estén dispuestos a cambiar y a vivir con una verdadera mentalidad de Reino.

“Hay quienes reparten, y les es añadido más; Y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a

***pobreza. El alma generosa será prosperada; y el que
saciar, él también será saciado.”***

Proverbios 11:24 y 25



Capítulo uno

TACAÑERÍA NO ES PRUDENCIA

*“Se apresura a ser rico el avaro,
y no sabe que le ha de venir pobreza.”*

Proverbios 28:22

La prudencia es una virtud bíblica; la tacañería, nunca. Sin embargo, a lo largo del tiempo, ambas han sido peligrosamente confundidas dentro del pueblo de Dios. Bajo el argumento de la sabiduría financiera, muchos creyentes han aprendido a justificar actitudes que en realidad no nacen de la fe, sino del temor. Esta confusión no es inocente: distorsiona el carácter de Dios, enfría el corazón del creyente y empobrece la vida espiritual, aunque las cuentas bancarias parezcan saludables.

La Escritura no condena la administración responsable ni la previsión sabia. Al contrario, exhorta al creyente a vivir con orden, diligencia y buen juicio. Pero hay una diferencia abismal entre administrar con fe y retener por miedo. La prudencia confía; la tacañería desconfía. La prudencia

reconoce a Dios como proveedor; la tacañería se apoya en los recursos acumulados como si fueran un salvador silencioso. Allí donde la fe debería descansar, el cálculo toma el control.

El libro de Proverbios expresa con claridad una verdad que confronta esta tensión: ***“Hay quienes reparten, y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza”*** (Proverbios 11:24). Esta declaración no responde a una lógica económica humana, sino a una ley espiritual del Reino. En el pensamiento bíblico, el dar no es pérdida, sino alineamiento con la naturaleza de Dios. El retener egoísta, en cambio, produce una pobreza que no siempre se mide en dinero, sino en gozo, sensibilidad espiritual y confianza.

La tacañería suele presentarse como una forma elevada de prudencia. Se disfraza de responsabilidad, de previsión ante tiempos inciertos, de madurez financiera. Pero cuando se la examina a la luz de la Palabra, se revela como una actitud que nace del miedo al mañana y no de la fe en el cuidado del Padre. Jesús confrontó esta mentalidad cuando advirtió que la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee. Con esa afirmación, desmontó la idea de que la seguridad se construye acumulando.

La prudencia bíblica nunca desplaza a Dios del centro. El prudente ahorra, sí, pero lo hace con propósito, con generosidad y con un corazón dispuesto a dar cuando Dios lo demande. El tacaño, en cambio, acumula sin propósito espiritual. Guarda “por si acaso”, como si el futuro

dependiera exclusivamente de su previsión. En esa lógica, Dios queda relegado a un segundo plano, invocado con palabras, pero desplazado en la práctica.

Jesús ilustró este engaño con la parábola del hombre rico que había tenido una gran cosecha. Su problema no fue producir ni planificar, sino excluir a Dios y a los demás de sus decisiones. Todo su razonamiento giró en torno al “yo”: mis graneros, mis bienes, mi descanso, mi futuro. No hubo gratitud, no hubo generosidad, no hubo consulta a Dios. La prudencia sin Dios se transformó en necedad, y la abundancia terminó siendo el escenario de su ruina espiritual (**Lucas 12:16 al 20**).

Este relato revela un principio profundo: cuando el cálculo desplaza la compasión, la fe comienza a enfriarse. El corazón se vuelve cada vez más introspectivo, menos sensible a la necesidad ajena y más resistente a la voz de Dios. La tacañería no surge de un día para otro; se instala lentamente, justificándose con argumentos aparentemente razonables. Pero su fruto siempre es el mismo: aislamiento, endurecimiento y una falsa sensación de control.

El joven rico es otro ejemplo revelador. A diferencia del rico insensato, este hombre era moralmente correcto, cumplidor de los mandamientos y respetado socialmente. Sin embargo, cuando Jesús tocó el área de sus bienes, su corazón quedó al descubierto. No pudo soltar. No porque sus riquezas fueran malas, sino porque su confianza estaba anclada en

ellas. El apego reveló que su prudencia no estaba guiada por la fe, sino por el temor a perder.

La prudencia auténtica siempre está dispuesta a obedecer, aun cuando obedecer implique desprenderse. La tacañería, en cambio, siempre encuentra una excusa para no dar. La prudencia pregunta: “Señor, ¿qué quieres que haga con lo que me confiaste?”. La tacañería se pregunta: “¿Cuánto puedo retener sin sentir culpa?”. Esa diferencia de preguntas revela la diferencia de corazones.

Cuando el creyente confunde tacañería con prudencia, comienza a construir una espiritualidad defensiva. Vive protegiéndose, asegurándose, calculando escenarios futuros, pero pierde la frescura de la dependencia diaria de Dios. La fe deja de ser una relación viva y se convierte en un discurso doctrinal que no se refleja en las decisiones prácticas. Se ora por provisión, pero se vive como si todo dependiera del esfuerzo humano.

La Escritura enseña que el justo vive por la fe, no por la acumulación. Vive confiando en un Dios que conoce sus necesidades antes de que las exprese. Vive entendiendo que los recursos son un medio, no un fin. Cuando esta verdad se pierde, la prudencia deja de ser virtud y se transforma en un ídolo respetable. La tacañería no siempre se presenta como pecado evidente; muchas veces se manifiesta como sensatez incuestionable.

Pero el Reino de Dios no se rige por la lógica del temor, sino por la confianza. El creyente prudente no vive con ansiedad por el mañana, porque sabe que su Padre gobierna el tiempo, la provisión y el futuro. Puede planificar, puede administrar, puede ahorrar, pero nunca lo hace cerrando su corazón al dar. Su seguridad no está en lo que guarda, sino en Aquel que promete cuidar de los suyos.

Este capítulo no busca condenar la buena administración, sino rescatarla del secuestro de la tacañería. Busca devolverle a la prudencia su verdadero significado bíblico: una sabiduría que administra con fe, que planifica con obediencia y que da con libertad. Porque cuando la prudencia nace del Espíritu, produce vida; pero cuando nace del miedo, produce esclavitud.

La tacañería no comienza en la billetera; comienza en el corazón. Antes de convertirse en una conducta visible, es una postura interior que se va afirmando silenciosamente. Nadie se levanta un día decidiendo ser tacaño. Lo que sucede es más sutil: una preocupación constante por el mañana, una inseguridad no resuelta, una desconfianza que no se confiesa, pero que se administra con números. Allí, donde la fe debería descansar, el miedo empieza a organizar la vida.

Jesús fue muy claro cuando enseñó que nadie puede servir a dos señores. No dijo que sería difícil, sino imposible. El corazón humano no fue creado para la doble lealtad. Cuando el dinero deja de ser un recurso y comienza a ocupar el lugar de la seguridad, se transforma en un competidor

directo de Dios. Y esta idolatría rara vez se reconoce como tal, porque no se manifiesta con imágenes ni rituales visibles, sino con decisiones aparentemente razonables.

El cálculo excesivo es uno de los síntomas más evidentes de esta sustitución. Calcular no es pecado; vivir calculando lo es. Cuando cada acto de dar debe pasar primero por el filtro del beneficio personal, cuando toda obediencia está condicionada a la conveniencia, cuando la generosidad solo es aceptable si no incomoda, entonces la prudencia ha dejado de ser una virtud espiritual para convertirse en una estrategia de autoprotección.

Jesús confrontó esta mentalidad al hablar de las aves del cielo y de los lirios del campo. No lo hizo para promover irresponsabilidad, sino para denunciar la ansiedad que nace de una confianza mal colocada. La preocupación excesiva por el sustento revela una dificultad profunda para creer que el Padre es realmente bueno y fiel. No es casual que Jesús relacione la ansiedad con una fe pequeña: donde la fe se achica, el miedo se agranda.

La prudencia bíblica jamás produce ansiedad; la tacañería siempre la alimenta. El prudente duerme en paz porque ha confiado su vida y sus recursos a Dios. El tacaño, en cambio, nunca descansa del todo, porque su seguridad depende de variables que no puede controlar. Cuanto más retiene, más teme perder. Cuanto más acumula, más vulnerable se siente. La tacañería promete seguridad, pero entrega esclavitud.

El error más común es justificar esta esclavitud con argumentos espirituales. Se dice que no es falta de fe, sino madurez. Que no es avaricia, sino previsión. Que no es temor, sino sabiduría adquirida por experiencias pasadas. Sin embargo, la Escritura no mide la madurez espiritual por la capacidad de retener, sino por la disposición a obedecer. Abraham fue considerado justo no porque aseguró su futuro, sino porque estuvo dispuesto a entregar lo que más amaba cuando Dios se lo pidió.

La prudencia que agrada a Dios siempre deja espacio para la obediencia inesperada. El tacaño no puede obedecer si no tiene todo bajo control. Por eso la tacañería no solo afecta la relación con el dinero, sino también la sensibilidad espiritual. El corazón se vuelve rígido, la voz de Dios se escucha cada vez menos clara y la fe se reduce a principios teóricos sin expresión práctica.

Cuando el cálculo desplaza la compasión, la fe comienza a enfriarse. El dolor ajeno deja de ser una prioridad y se transforma en una amenaza al equilibrio personal. La necesidad del otro se evalúa, se mide, se posterga o se descarta. No porque falten recursos, sino porque falta confianza. Así, el amor se vuelve selectivo y la generosidad, ocasional. La tacañería nunca dice “no tengo”; dice “no quiero arriesgar”.

La Escritura advierte que el amor al dinero endurece el corazón. No porque el dinero tenga poder en sí mismo, sino porque expone la fragilidad de la fe. Cuando el dinero se

convierte en refugio, Dios queda relegado al discurso. Se ora, se canta, se confiesa, pero las decisiones profundas ya no se toman desde la dependencia, sino desde la autopreservación. Esa es la verdadera ruina espiritual del corazón tacaño: vive creyendo que se protege, cuando en realidad se está alejando de la fuente de la vida.

La prudencia verdadera, en cambio, produce libertad. El creyente prudente puede dar sin miedo porque sabe que no depende de lo que retiene, sino de Aquel que gobierna todas las cosas. Puede perder sin desesperarse y puede ganar sin envanecerse. Su identidad no está atada a lo que posee, sino a quién lo sostiene. Esa es la diferencia entre administrar recursos y ser administrado por ellos.

El Reino de Dios nunca se edifica desde el temor, sino desde la confianza. Por eso la fe siempre empuja hacia afuera, mientras que la tacañería repliega hacia adentro. La fe abre la mano; el miedo la cierra. La fe conecta con el cielo; la tacañería se aferra a la tierra. Y aunque ambas puedan convivir externamente por un tiempo, tarde o temprano una termina desplazando a la otra.

Este capítulo invita a examinar honestamente desde dónde se toman las decisiones financieras. No para generar culpa, sino para producir verdad. Porque solo la verdad libera. Mientras la tacañería siga siendo confundida con prudencia, el creyente seguirá viviendo por debajo del nivel de confianza al que fue llamado. Pero cuando la fe recupera su lugar, la prudencia vuelve a ser lo que siempre debió ser:

una expresión de sabiduría que honra a Dios y bendice a los demás.

La obediencia que agrada a Dios casi siempre desafía la lógica humana. No porque Dios sea irracional, sino porque su Reino opera desde una dimensión superior a la del cálculo terrenal. La fe auténtica no niega la realidad, pero tampoco se somete a ella. La fe reconoce las limitaciones humanas, pero descansa en la fidelidad divina. Allí es donde la prudencia bíblica se distingue con claridad de la tacañería disfrazada de sensatez.

Dar cuando parece que no sobra, compartir cuando el futuro es incierto, obedecer cuando no todo está garantizado, son actos que revelan en quién está puesta la confianza. El tacaño necesita certezas antes de obedecer; el creyente aprende a obedecer aun cuando no las tiene. Esta es una de las diferencias más profundas entre una vida gobernada por el temor y una vida guiada por la fe.

La Escritura está llena de hombres y mujeres que caminaron por esta senda. Ninguno de ellos fue llamado a vivir desde la acumulación, sino desde la dependencia. El justo nunca fue definido por lo que retenía, sino por su capacidad de confiar. Cuando la fe se expresa solo en palabras, pero no alcanza las decisiones económicas, algo esencial ha quedado inconcluso. La fe bíblica siempre desciende del discurso a la práctica.

El problema de la tacañería no es únicamente lo que impide dar, sino lo que impide recibir. El corazón cerrado no solo se resiste a compartir; también se vuelve incapaz de experimentar el gozo de la provisión divina. Porque Dios no solo bendice al que recibe, sino al que confía lo suficiente como para soltar. La retención constante bloquea el flujo de la gracia, no porque Dios castigue, sino porque el corazón ya no sabe vivir en dependencia.

La prudencia verdadera sabe discernir tiempos y momentos. No da por impulso emocional ni por presión externa, sino por obediencia. Pero tampoco utiliza la prudencia como excusa para desobedecer. Sabe que hay ocasiones en las que Dios desafía la lógica humana precisamente para sanar el corazón. En esos momentos, el acto de dar no es una pérdida económica, sino una ganancia espiritual.

Cuando la fe madura, el creyente aprende que no todo lo que se guarda se conserva, y no todo lo que se entrega se pierde. Hay cosas que solo se preservan cuando se sueltan. El egoísmo promete seguridad, pero termina erosionando el alma. La generosidad, en cambio, parece riesgosa, pero produce una paz que ninguna cuenta bancaria puede ofrecer.

Cuando enseño suelo decir que una semilla se va de nuestra mano, pero nunca se va de nuestra vida. Cuando soltamos una semilla en fe, siempre nos devolverá una cosecha, por lo tanto, es mejor dejarla ir que tratar de retenerla. Una semilla en nuestra mano solo será una semilla,

pero una semilla en el Reino, siempre nos producirá multiplicación y abundancia. Cuando anulamos la fe por una supuesta prudencia, solo estamos manifestando un patrón de tacañería.

El peligro más grande de confundir tacañería con prudencia es que se termina normalizando una vida espiritual estéril. El creyente sigue asistiendo a la iglesia, sigue escuchando la Palabra, sigue participando de actividades, pero algo se ha detenido en su interior. La fe ya no avanza, la sensibilidad espiritual se apaga y la relación con Dios se vuelve predecible. No porque Dios haya cambiado, sino porque el corazón se ha cerrado.

Este capítulo no pretende imponer cargas ni generar culpas, sino despertar conciencia. La pregunta no es cuánto se da, sino desde dónde se da. No es cuánto se guarda, sino en quién se confía. La fe que no alcanza el área de los recursos es una fe incompleta. No porque el dinero sea central, sino porque el corazón siempre revela su lealtad a través de lo que protege.

Dios no busca creyentes imprudentes ni irresponsables, pero tampoco busca corazones dominados por el miedo. Busca hijos que confíen, que administren con sabiduría y que den con libertad. Busca una Iglesia que no dependa del sistema, sino que sepa utilizar los recursos del sistema sin someterse a él. Cuando esto ocurre, la prudencia recupera su lugar y la tacañería pierde su poder.

La verdadera prudencia nunca se pregunta cuánto puede retener sin perder la bendición, sino cuánto puede obedecer sin perder la fe. Vive entendiendo que todo lo recibido es una oportunidad para honrar a Dios y bendecir a otros. Sabe que el Padre no se deja ganar en generosidad y que ninguna obediencia queda sin fruto, aunque el resultado no siempre sea inmediato.

Este capítulo deja una verdad clara: cuando el cálculo desplaza la confianza, la fe se enfría; pero cuando la confianza gobierna el cálculo, la fe se fortalece. El creyente está llamado a vivir con los pies en la tierra y el corazón en el cielo, administrando con responsabilidad, pero confiando con libertad. Allí, y solo allí, la prudencia deja de ser una excusa para retener y se convierte en una expresión madura de fe viva.

Con esta base, el resto del libro avanzará hacia lo más profundo del corazón humano, para revelar que la tacañería no es un problema económico, sino espiritual; no es una cuestión de recursos, sino de confianza. Porque en el Reino de Dios, la fe siempre se expresa soltando, nunca aferrándose.

“Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras.”

Jeremías 17:9 y 10

Capítulo dos

LA RAÍZ INVISIBLE

*“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón;
Porque de él mana la vida.”*

Proverbios 4:23

La tacañería no es el problema principal; es el síntoma. Detrás de la mano cerrada siempre hay un corazón que no descansa plenamente en Dios. Por eso, cualquier intento de corregir la conducta sin atender la raíz espiritual está condenado al fracaso. El dar no se aprende como una técnica, ni la generosidad se produce por presión externa. Ambas brotan de un corazón que ha aprendido a confiar.

La Escritura afirma con claridad que la vida del creyente está llamada a desarrollarse desde la confianza y no desde la ansiedad. “Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque Él dijo: No te desampararé ni te dejaré” (**Hebreos 13:5**). Esta promesa no apunta a la acumulación, sino a la presencia fiel de Dios. El contentamiento bíblico no nace de tener suficiente, sino de saber quién está presente.

El corazón que no confía vive en permanente estado de alerta. Aunque confiese creer en Dios, internamente se prepara para la escasez. Su lenguaje cotidiano revela esta tensión: “por las dudas”, “uno nunca sabe”, “hay que cuidarse”. Estas expresiones no siempre nacen de prudencia, sino de una expectativa silenciosa de abandono. La desconfianza no siempre se expresa en palabras duras hacia Dios; muchas veces se manifiesta en una dependencia excesiva de los recursos propios.

Jesús abordó esta raíz con firmeza cuando enseñó que nadie puede servir a dos señores. No habló de una dificultad progresiva, sino de una imposibilidad absoluta. El corazón humano no fue diseñado para dividir su lealtad. Cuando el dinero comienza a ocupar el lugar de la seguridad, Dios deja de ser el refugio práctico, aunque siga siendo el objeto del discurso religioso. Allí se produce una fractura interna: se cree con la boca, pero se confía con las manos.

La ansiedad por el sustento es uno de los indicadores más claros de esta fractura. Por eso Jesús dedicó una enseñanza extensa a confrontar la preocupación constante por el comer, el beber y el vestir. No lo hizo para minimizar las necesidades humanas, sino para revelar el problema más profundo: la dificultad para creer que el Padre cuida de sus hijos. Cuando la provisión se transforma en obsesión, la fe ha comenzado a retroceder.

El corazón que no confía convierte el dinero en un sustituto del Padre. Allí donde debería haber descanso, se

instala el control. Allí donde debería haber dependencia, se establece la autosuficiencia. Este proceso es sutil, pero devastador. El creyente no deja de orar, pero ya no descansa. No deja de congregarse, pero vive cargado. No abandona la fe, pero pierde la paz.

La avaricia, en este sentido, no es solo el deseo de tener más, sino el temor de no tener suficiente. Es una idolatría emocional que no siempre se expresa en grandes fortunas, sino en corazones inseguros. Se puede tener poco y ser profundamente avaro, o tener mucho y vivir con libertad. El problema nunca es la cantidad, sino el lugar que ocupa el dinero en el corazón.

Jesús fue aún más lejos cuando afirmó que no se puede servir a Dios y a las riquezas (**Mateo 6:24**). No dijo que no se puede tener dinero, sino que no se puede servirlo. El servicio implica dependencia, obediencia y lealtad. Cuando el dinero se convierte en el criterio final de las decisiones, ha dejado de ser un recurso para transformarse en un señor silencioso. Y todo señor exige sacrificios.

El corazón que no confía termina sacrificando la obediencia en el altar de la seguridad. Se posterga el dar, se justifica la retención, se racionaliza la desobediencia. Todo parece lógico, ordenado y responsable, pero espiritualmente está vacío. Porque la fe que no se expresa en confianza práctica se vuelve estéril.

La Escritura revela que Dios no solo provee recursos, sino descanso. Cuando el creyente aprende a confiar, su relación con el dinero cambia. Ya no vive con miedo a perder, ni con ansiedad por acumular. Aprende a contentarse, no porque haya alcanzado estabilidad, sino porque ha comprendido que su vida está en manos seguras. Ese contentamiento no anula el esfuerzo ni la planificación, pero libera del yugo del temor.

Este capítulo invita a mirar más allá del acto externo de dar o no dar, y a examinar el estado interno del corazón. Porque el problema no es cuánto se posee, sino en quién se descansa. El dinero revela aquello que no siempre se confiesa: dónde está puesta la esperanza cuando todo tiembla.

La inseguridad económica no es solo una preocupación legítima por el futuro; muchas veces es una forma sutil de idolatría. No se postra ante un ídolo visible, pero se rinde internamente a la idea de que sin recursos no hay vida, no hay paz y no hay futuro. Allí, el dinero deja de ser una herramienta y comienza a ocupar el lugar que solo le corresponde a Dios. El corazón que no confía necesita algo tangible a lo cual aferrarse, y encuentra en los bienes materiales un falso refugio.

Esta idolatría emocional se alimenta del miedo. El miedo a faltar, el miedo a perder, el miedo a no llegar. No siempre se expresa en ambición desmedida; muchas veces se manifiesta en una constante sensación de carencia, aun

cuando no falte nada. El corazón inseguro nunca se siente a salvo, porque su seguridad depende de factores que no puede controlar. Por eso acumula, retiene y protege con celo excesivo aquello que cree que le garantiza estabilidad.

Jesús confrontó esta falsa seguridad al enseñar que la vida vale más que el alimento y el cuerpo más que el vestido. No estaba despreciando lo material, sino devolviéndolo a su lugar correcto. Cuando lo material se convierte en el centro, la vida se encoge. Cuando Dios vuelve a ocupar el centro, todo lo demás encuentra su proporción. El problema no es preocuparse por las necesidades, sino permitir que esas preocupaciones gobiernen el corazón.

El dinero, cuando ocupa el lugar del Padre, comienza a dictar decisiones. Se elige en función de lo que conviene económicamente, no de lo que honra a Dios. Se mide la obediencia según el impacto financiero, no según la voluntad divina. Así, la fe queda subordinada a la seguridad económica. El creyente sigue hablando de confianza, pero en la práctica vive desde la autoprotección.

Este desplazamiento no ocurre de manera abrupta. Es progresivo y casi imperceptible. Se comienza priorizando la estabilidad “solo por un tiempo”, luego se posterga la generosidad “hasta estar mejor”, y finalmente se normaliza una vida donde dar es la excepción y retener es la regla. El corazón se acostumbra a vivir sin riesgo espiritual, sin dependencia real, sin desafíos de fe. La comodidad reemplaza a la confianza.

La Escritura advierte que donde está el tesoro, allí estará el corazón (**Mateo 6:21**). No dice que el corazón sigue a la fe que se profesa, sino a aquello que se protege. Lo que más se cuida revela lo que más se ama. Por eso, el dinero se convierte en un excelente termómetro espiritual. No mide cuán próspero es alguien, sino cuán confiado está en Dios.

Cuando el dinero se transforma en sustituto del Padre, se pierde la experiencia de la provisión divina. Dios sigue proveyendo, pero ya no se le reconoce como tal. Todo se atribuye al esfuerzo personal, a la previsión, a la buena administración. La gratitud se debilita, la adoración se enfría y la dependencia se diluye. El corazón deja de esperar en Dios porque ha aprendido a esperar en sí mismo.

La inseguridad económica también produce un efecto devastador en las relaciones. El corazón avaro se vuelve desconfiado, calcula incluso los vínculos y mide el valor de las personas según lo que representan en términos de costo o beneficio. La generosidad relacional se reduce, la hospitalidad se vuelve selectiva y la compasión se racionaliza. Así, la idolatría del dinero no solo afecta la relación con Dios, sino también con el prójimo.

Jesús advirtió que la ansiedad por el mañana no añade un solo día a la vida. Al contrario, roba el presente. El corazón que no confía vive siempre proyectado hacia un futuro incierto, sacrificando la obediencia del hoy. Se posterga el bien, se demora la respuesta a Dios y se diluye el

compromiso con el Reino. La fe se vuelve teórica, desconectada de la vida cotidiana.

La verdadera fe, en cambio, descansa en la fidelidad de Dios. No niega la realidad económica, pero se niega a someterse a ella. Reconoce la responsabilidad humana, pero no reemplaza la dependencia divina. El creyente que confía puede planificar sin ansiedad, ahorrar sin idolatrar y dar sin temor. Su seguridad no está en la abundancia ni en la escasez, sino en la presencia de Dios.

Este discernimiento espiritual es indispensable en una época donde la inseguridad económica se ha normalizado incluso dentro de la Iglesia. Se ha enseñado a sobrevivir mejor que a confiar. Se ha promovido la autosuficiencia más que la dependencia. Pero el Reino de Dios no se edifica sobre el miedo, sino sobre la fe que descansa en un Padre fiel.

Este capítulo no pretende negar la realidad de los desafíos económicos, sino exponer la raíz espiritual que los agrava. Cuando el corazón vuelve a confiar, el dinero recupera su lugar correcto. Deja de ser un ídolo y vuelve a ser un instrumento. Deja de ser un refugio y se convierte en un medio para servir a Dios y bendecir a otros.

El problema del corazón que no confía es que rara vez se percibe a sí mismo como tal. La desconfianza casi nunca se confiesa abiertamente; se disfraza de sensatez, de experiencia adquirida, de realismo frente a un mundo incierto. Sin embargo, la Escritura insiste en llevarnos más

allá de las apariencias y nos invita a examinarnos a la luz de la verdad. Porque no todo lo que parece prudente nace de la fe, y no todo lo que suena responsable honra a Dios.

El diagnóstico espiritual comienza con una pregunta honesta: ¿en quién descansa realmente mi corazón cuando todo se sacude? No se trata de lo que decimos creer, sino de aquello a lo que recurrimos cuando sentimos amenaza. El corazón revela su verdadera confianza en los momentos de presión. Allí donde la paz desaparece y la ansiedad gobierna, algo ha ocupado el lugar que solo Dios puede sostener.

El escritor a los Hebreos exhorta a vivir sin avaricia y con contentamiento, no como una meta emocional, sino como una respuesta a una promesa: “No te desampararé ni te dejaré” (**Hebreos 13:5**). El contentamiento no surge de una situación favorable, sino de una convicción profunda. Es la certeza de que Dios permanece, aun cuando los recursos fluctúan. Cuando esta verdad se asienta en el corazón, la necesidad de controlar disminuye y la fe recupera su espacio.

El corazón que confía aprende a discernir la diferencia entre previsión y temor. Planifica, pero no se angustia. Administra, pero no se aferra. Guarda, pero no idolatra. Da, pero no presume. Este equilibrio no se logra por disciplina financiera, sino por comunión con Dios. La confianza no se fabrica; se cultiva en la intimidad con el Padre.

Jesús enseñó que el afán diario no solo es innecesario, sino dañino. No porque el trabajo y la responsabilidad

carezcan de valor, sino porque el afán revela una visión distorsionada del carácter de Dios. El Padre sabe lo que sus hijos necesitan antes de que lo pidan. Cuando esta verdad se pierde, el corazón se sobrecarga de preocupaciones que nunca fue diseñado para llevar.

El discernimiento espiritual nos permite detectar cuándo el dinero ha comenzado a ocupar un lugar indebido. No siempre se manifiesta en grandes cantidades, sino en pequeñas resistencias. Resistencia a dar, resistencia a compartir, resistencia a obedecer cuando la obediencia implica soltar. Estas resistencias son señales de alarma, no para condenarnos, sino para llamarnos de regreso a la confianza.

El ejemplo de Naamán y la codicia de Giezi expone con crudeza esta realidad. Naamán recibió sanidad cuando dejó de controlar el proceso y confió en la palabra del profeta. Giezi, en cambio, no pudo soportar la idea de que la gracia fuera gratuita. Su corazón no confiaba en la provisión de Dios, y por eso intentó asegurar beneficios personales. El resultado fue devastador: ganó bienes materiales, pero perdió salud y honra. La desconfianza siempre cobra un precio mayor del que promete evitar.

Cuando el creyente confía más en sus recursos que en Dios, comienza a vivir desde la sospecha. Sospecha del mañana, sospecha de los demás, incluso sospecha de Dios. Pero cuando la confianza es restaurada, la vida se ordena desde la fe. El dinero deja de ser una fuente de estrés y se

convierte en una herramienta de servicio. La generosidad deja de ser una obligación y se transforma en una expresión natural de gratitud.

Dios no está buscando corazones imprudentes ni decisiones irresponsables, pero tampoco corazones atados al miedo. Busca hijos que vivan conscientes de su cuidado. La fe que agrada a Dios no es temeraria, pero tampoco es defensiva. Es una fe que descansa, que obedece y que se atreve a confiar incluso cuando no tiene todas las respuestas.

Este capítulo nos confronta con una verdad incómoda pero liberadora: la raíz de la tacañería no está en la falta de recursos, sino en la falta de confianza. Mientras el corazón no sane en esta área, cualquier intento de enseñar sobre dar será superficial. Pero cuando la confianza es restaurada, la generosidad brota como fruto natural de una relación sana con Dios.

El llamado del Espíritu no es a vivir despreocupados, sino confiados. No es a ignorar la realidad, sino a enfrentarla desde la fe. El corazón que confía no niega las dificultades, pero se niega a permitir que ellas definan su obediencia. Vive sabiendo que el mismo Dios que llama es el que sostiene.

Con esta base, el libro avanza hacia una comprensión más profunda de la avaricia como pecado oculto y sutil. Porque solo cuando la raíz queda expuesta, el fruto puede ser transformado. La sanidad del corazón comienza cuando

dejamos de confiar en lo que retenemos y aprendemos a descansar en Aquel que nunca falla.

“Bendito el ser humano que confía en el Señor.

El Señor será su confianza.

***Será como árbol plantado junto al agua,
que extiende sus raíces hacia la corriente***

y no teme cuando llega el calor.

***No se preocupa en época de sequía
y nunca deja de dar fruto.”***

Jeremías 17:7 y 8



Capítulo tres

EL PECADO DE LA AVARICIA

“Y les dijo: Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee.”

Lucas 12:15

La avaricia es uno de los pecados más difíciles de reconocer porque rara vez se presenta como pecado. No grita, no escandaliza, no siempre se manifiesta en excesos visibles. Se oculta detrás de decisiones aparentemente razonables, de discursos prudentes y de actitudes socialmente aceptadas. Por eso la Escritura la expone con tanta severidad: no porque sea evidente, sino porque es profundamente engañosa.

El apóstol Pablo no dudó en llamar a la avaricia por su verdadero nombre: idolatría. Esta afirmación resulta incómoda, especialmente en una cultura que mide el éxito por la acumulación y la seguridad económica. Pero la Palabra no se acomoda a los valores del sistema; los confronta. Cuando

el deseo de tener más ocupa el lugar de Dios, el corazón ya ha construido un altar, aunque no lo reconozca como tal.

La avaricia no se limita a grandes fortunas ni a estilos de vida ostentosos. Puede habitar con la misma fuerza en el corazón del rico y en el del pobre. El que tiene mucho puede ser avaro por miedo a perder; el que tiene poco puede serlo por obsesión con lo que no posee. En ambos casos, el problema no es la cantidad, sino el deseo desordenado que gobierna el interior. La avaricia es un apetito que nunca se sacia, porque no se alimenta de recursos, sino de inseguridad.

La Escritura advierte que quienes desean enriquecerse caen en tentación y en muchos males que hunden a los hombres en ruina y perdición. No condena el trabajo ni la prosperidad, sino el deseo desmedido que desplaza la confianza en Dios. El deseo de tener más y el temor de dar no son opuestos; son las dos caras del mismo ídolo. Ambos revelan un corazón que ha comenzado a medir la vida en términos de posesión y no de obediencia.

La avaricia es peligrosa porque se justifica con facilidad. Siempre encuentra argumentos que la defienden. Se presenta como necesidad, como derecho adquirido, como resultado del esfuerzo personal. Pero en su raíz hay una negación práctica de la suficiencia de Dios. El corazón avaro vive con la sensación constante de que nunca es suficiente, nunca alcanza, nunca se puede soltar. Así, el alma se encierra en una carrera interminable que promete seguridad y entrega agotamiento.

Jesús confrontó esta lógica cuando advirtió que el que ama el dinero no se sacia de dinero. Esta declaración no es una observación económica, sino una verdad espiritual. El dinero no tiene la capacidad de llenar el vacío que deja la ausencia de confianza. Cuanto más se busca en él seguridad, más evidente se vuelve su incapacidad para otorgarla. La avaricia promete plenitud, pero produce vacío.

El relato de Acán expone con crudeza el costo oculto de este pecado. Lo que comenzó como un deseo silencioso terminó afectando a toda una comunidad. La avaricia nunca se queda en el ámbito privado; sus consecuencias se expanden. Aunque se la intente justificar como un asunto personal, siempre termina contaminando relaciones, decisiones y destinos colectivos. El pecado oculto nunca permanece oculto para siempre.

La gravedad de la avaricia no radica solo en lo que toma, sino en lo que desplaza. Desplaza la gloria de Dios, porque atribuye al esfuerzo humano lo que debería reconocerse como gracia. Desplaza la gratitud, porque el corazón siempre está enfocado en lo que falta y no en lo recibido. Desplaza la compasión, porque la necesidad ajena se percibe como una amenaza y no como una oportunidad de amar.

La Escritura advierte que el ojo del avaro está apresurado por enriquecerse y no considera que la pobreza vendrá sobre él. Esta pobreza no siempre es material. Muchas veces es espiritual, relacional y emocional. El corazón avaro

se empobrece aun cuando acumula, porque ha cambiado el propósito de los recursos. Lo que debía ser instrumento de bendición se transforma en motivo de preocupación.

La avaricia también roba la gloria a Dios porque instala una falsa narrativa de autosuficiencia. El creyente comienza a verse como el arquitecto exclusivo de su provisión. La oración se debilita, la dependencia se diluye y la adoración pierde profundidad. Cuando el dinero ocupa el centro, Dios queda relegado a los márgenes del discurso religioso.

Este pecado es especialmente peligroso dentro de la vida espiritual porque no siempre genera culpa inmediata. A diferencia de otros pecados más visibles, la avaricia se acomoda en la conciencia. Se aprende a convivir con ella. Se la tolera, se la racionaliza y se la protege. Pero su efecto corrosivo es constante. Poco a poco, el corazón se vuelve insensible a la voz de Dios y resistente a la corrección.

Este capítulo no busca señalar con el dedo, sino encender la luz. Porque solo aquello que es expuesto puede ser sanado. Mientras la avaricia permanezca oculta, seguirá gobernando silenciosamente las decisiones del creyente. Pero cuando se la nombra, se la confronta y se la somete a la verdad del Evangelio, pierde su poder.

La avaricia se ha convertido en uno de los pecados mejor tolerados dentro de la vida religiosa. No porque sea menos dañina, sino porque se adapta con facilidad a los valores culturales dominantes. En una sociedad que celebra

la acumulación, el éxito financiero y la autosuficiencia, la avaricia deja de verse como una desviación moral y comienza a percibirse como una virtud encubierta. Incluso dentro de la Iglesia, muchas actitudes avaras pasan desapercibidas porque no contradicen abiertamente el discurso espiritual, sino que conviven con él.

Esta normalización es peligrosa porque adormece la conciencia. El creyente ya no se pregunta si su relación con el dinero honra a Dios; solo se pregunta si es aceptable socialmente. Y cuando la cultura comienza a dictar los parámetros de lo que es correcto, la Palabra pierde su lugar como criterio supremo. La avaricia prospera en ese terreno, porque no necesita imponerse: solo necesita no ser cuestionada.

***“Inclina mi corazón a tus testimonios,
Y no a la avaricia.”***
Salmos 119:36

El apóstol Pablo advirtió que ningún avaro heredará el Reino de Dios. Esta afirmación no busca sembrar temor, sino revelar la incompatibilidad entre una vida gobernada por el deseo desordenado y una vida sometida al señorío de Cristo. No se trata de una falla ocasional, sino de una orientación del corazón. El avaro vive centrado en sí mismo, en su seguridad y en su beneficio. El Reino, en cambio, se edifica desde la entrega, la confianza y el amor al prójimo.

La idolatría moderna rara vez se expresa con estatuas; se expresa con prioridades. El dinero se convierte en ídolo cuando define lo que se valora, lo que se protege y lo que se teme perder. No hace falta postrarse físicamente ante él; basta con permitir que gobierne las decisiones. Allí donde el dinero dicta el rumbo, Dios ha sido desplazado, aunque su nombre siga siendo invocado.

Uno de los efectos más visibles de la avaricia es la pérdida progresiva de sensibilidad espiritual. El corazón avaro se vuelve menos receptivo a la voz de Dios, no porque Dios deje de hablar, sino porque la atención está ocupada en otra cosa. La obediencia comienza a negociarse, la generosidad se posterga y la fe se vuelve condicional. El Espíritu Santo confronta, pero el corazón ya no responde con la misma prontitud.

La Escritura enseña que ***“la raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores”*** (1 Timoteo 6:10). No dice que el dinero lo sea, sino el amor desordenado hacia él. Ese amor produce un endurecimiento interno que afecta todas las áreas de la vida espiritual. El gozo se debilita, la gratitud se enfría y la adoración se vuelve mecánica. Se mantiene la forma externa de la piedad, pero se pierde su poder transformador.

La avaricia también distorsiona la manera en que se percibe a Dios. Se comienza a ver al Padre como un medio para alcanzar estabilidad, no como el fin supremo de la vida.

La oración se instrumentaliza, la fe se utiliza como herramienta y la obediencia se condiciona al beneficio esperado. Dios deja de ser el Señor y pasa a ser un recurso más dentro de una estrategia personal.

Este desplazamiento tiene consecuencias profundas. Cuando Dios deja de ocupar el centro, el alma se fragmenta. Se vive dividido entre lo que se cree y lo que se practica. Se confiesa confianza, pero se vive con miedo. Se habla de fe, pero se decide desde la conveniencia. Esta incoherencia interna produce desgaste espiritual y una sensación constante de insatisfacción.

La avaricia también afecta la comunión con los demás. El corazón que ama el dinero comienza a ver a las personas como competidores, cargas o amenazas. La generosidad relacional se reduce, la hospitalidad se enfría y la empatía se vuelve selectiva. El prójimo deja de ser alguien a quien amar y se convierte en alguien a quien evaluar. Así, el pecado que parece privado termina erosionando la vida comunitaria.

La Escritura advierte que el que ama el dinero no se sacia con dinero (**Eclesiastés 5:10**). Esta verdad se confirma una y otra vez. La avaricia nunca ofrece descanso. Siempre hay una nueva meta, una nueva necesidad, un nuevo temor. El corazón avaro vive en permanente tensión, porque ha colocado su esperanza en algo que no puede sostenerla. El resultado es una vida espiritualmente empobrecida, aunque materialmente estable.

Este capítulo nos invita a recuperar la capacidad de ser confrontados. A permitir que la Palabra penetre más allá de las justificaciones y revele la verdadera condición del corazón. Porque mientras la avaricia siga siendo tolerada, seguirá robando lo que más importa: la libertad interior y la intimidad con Dios.

“Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría...”

Colosenses 3:5

Las advertencias bíblicas contra la avaricia no buscan condenar, sino despertar. Dios no expone este pecado para humillar al creyente, sino para liberarlo. La Palabra no señala la avaricia como una falta menor, porque conoce su poder corrosivo. Allí donde se la tolera, el corazón pierde sensibilidad, la fe se debilita y la vida espiritual se vuelve superficial. Por eso las Escrituras insisten una y otra vez en confrontar este mal silencioso.

El llamado al arrepentimiento no nace del enojo divino, sino del amor. Dios sabe que el corazón avaro vive atrapado en una mentira: la ilusión de que retener es protegerse. Pero la Biblia enseña lo contrario. El que confía en sus riquezas caerá; el justo, en cambio, florecerá como ramas verdes. No porque el justo sea más capaz, sino porque su confianza está correctamente orientada. La avaricia promete estabilidad, pero produce caída. La fe promete dependencia, pero produce vida.

El arrepentimiento bíblico no es solo un cambio de conducta, sino un cambio de mentalidad. Implica reconocer que algo ha ocupado el lugar que solo Dios debe ocupar. Implica admitir que el corazón ha comenzado a apoyarse en recursos en lugar de apoyarse en el Señor. Este reconocimiento no es debilidad; es el inicio de la sanidad. Mientras la avaricia se justifica, gobierna. Cuando se confiesa, pierde su dominio.

El contraste entre avaricia y contentamiento es profundo. El contentamiento no es resignación ni conformismo; es descanso. Es la capacidad de vivir agradecido en cualquier circunstancia, sabiendo que la provisión última no depende de lo que se tiene, sino de quién sostiene la vida. El corazón contento puede disfrutar lo que recibe sin aferrarse, y puede dar sin miedo a quedarse sin nada. El avaro, en cambio, nunca disfruta plenamente, porque siempre teme perder.

“Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad.”

Filipenses 4:12

La Escritura muestra que el contentamiento es aprendido. No nace de manera natural, sino espiritual. Surge cuando el creyente comprende que su valor no está definido por lo que posee, sino por su relación con Dios. Cuando esta verdad se asienta, el dinero pierde su poder emocional. Deja

de ser fuente de identidad y se convierte en un simple medio para cumplir propósitos mayores.

La avaricia roba la gloria a Dios porque instala una narrativa falsa: la de un ser humano autosuficiente. El contentamiento, en cambio, devuelve la gloria al Padre, porque reconoce que todo proviene de Él (**1 Timoteo 6:7 y 8**). Donde hay gratitud, hay adoración. Donde hay avaricia, hay olvido. El corazón avaro rara vez agradece, porque siempre está enfocado en lo que falta. El corazón agradecido siempre encuentra motivos para honrar a Dios, aun en medio de la escasez.

El llamado magisterial de este capítulo no es a vivir sin recursos, sino sin ídolos. No es a despreciar lo material, sino a someterlo al señorío de Cristo. El dinero no es el enemigo; el amor desordenado hacia él lo es. Cuando el dinero vuelve a su lugar correcto, la vida espiritual recupera fluidez. La fe deja de ser un concepto y vuelve a ser una experiencia viva.

Este proceso requiere honestidad. No basta con modificar hábitos externos; es necesario permitir que el Espíritu Santo examine las motivaciones internas. ¿Por qué se retiene? ¿Por qué cuesta dar? ¿Por qué genera temor la posibilidad de perder? Estas preguntas no buscan acusar, sino revelar. Porque solo lo que es revelado puede ser transformado.

El arrepentimiento genuino produce fruto. El corazón comienza a abrirse, la confianza se restaura y la generosidad

deja de ser forzada. No se da para obtener algo a cambio, sino porque se ha entendido que todo lo recibido es gracia. La obediencia ya no se vive como una amenaza a la seguridad, sino como una expresión de fe madura.

Este capítulo deja al descubierto una verdad esencial: la avaricia no es un problema económico, sino espiritual. No se trata de cuánto se tiene, sino de cuánto se confía. Mientras el corazón esté dividido, la fe será frágil. Pero cuando Dios recupera su lugar como única fuente de seguridad, el alma encuentra descanso.

“Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré.”

Hebreos 13:5

Con esta comprensión, el camino queda preparado para avanzar hacia las consecuencias profundas de este pecado en la vida espiritual. Porque aquello que se tolera en el corazón termina manifestándose en la vida. Y solo una fe examinada, confrontada y rendida puede sostener una vida que honre verdaderamente a Dios.

“Entonces Job se levantó, y rasgó su manto, y rasuró su cabeza, y se postró en tierra y adoró, y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito.”

Job 1:20-21

Capítulo cuatro

LA RUINA ESPIRITUAL DEL TACAÑO

“Da con generosidad y serás más rico; sé tacaño y lo perderás todo.”

Proverbios 11;24 NTV

La ruina espiritual no siempre se manifiesta de manera abrupta ni evidente. Rara vez llega como un colapso repentino. En la mayoría de los casos, se instala lentamente, de forma silenciosa, casi imperceptible. La tacañería participa de este mismo patrón: no irrumpe con escándalo, sino que se infiltra con lógica, prudencia aparente y justificaciones razonables. Pero su efecto es devastador. Donde se la tolera, la vida espiritual comienza a empobrecerse, aunque externamente todo parezca estar en orden.

Jesús advirtió con claridad que la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee. Esta afirmación no fue una reflexión filosófica, sino una confrontación directa a una mentalidad profundamente

arraigada en el corazón humano. El error no está en poseer bienes, sino en permitir que esos bienes definan la vida, el valor personal y la seguridad interior. Cuando esto ocurre, el alma comienza a deteriorarse, aun cuando las circunstancias materiales mejoren.

La parábola del rico insensato expone con crudeza esta ruina progresiva (**Lucas 12:13 al 21**). Aquel hombre no fue condenado por producir ni por planificar, sino por vivir sin referencia a Dios. Todo su razonamiento giró en torno a sí mismo. No hubo gratitud, no hubo generosidad, no hubo conciencia del prójimo ni dependencia del Creador. Su diálogo interior revela un corazón completamente cerrado sobre sí mismo. En ese encierro, la abundancia se transformó en el escenario de su pérdida.

La ruina espiritual del tacaño comienza cuando el alma deja de ser rica para con Dios. Esta expresión no se refiere a prácticas religiosas externas, sino a una relación viva de dependencia, gratitud y obediencia. El tacaño puede ser activo en lo religioso, pero pobre en lo espiritual. Puede conocer principios, asistir a reuniones y cumplir rutinas, pero su corazón ya no responde con libertad a la voz de Dios.

Una de las primeras consecuencias de esta ruina es el endurecimiento del corazón. El tacaño se vuelve cada vez menos sensible. La necesidad ajena deja de conmoverlo, el llamado de Dios deja de urgirlo y la Palabra deja de confrontarlo. No porque haya perdido la fe de manera consciente, sino porque ha desarrollado mecanismos internos

de defensa para proteger lo que considera su seguridad. El corazón aprende a cerrar puertas para no ser desafiado.

“Pero eres terco y no quieres cambiar, así que sigues acumulando la ira de Dios. El castigo te llegará el día en que Dios muestre toda su ira. Ese mismo día, claro que Dios mostrará que juzga correctamente y con justicia.”

Romanos 2:5 PDT

Este endurecimiento no solo afecta la relación con Dios, sino también con las personas. El tacaño se aísla progresivamente. No necesariamente se aleja físicamente, pero sí emocional y espiritualmente. Comienza a medir los vínculos, a calcular los costos, a evaluar las relaciones en términos de conveniencia. El amor deja de ser entrega y se transforma en transacción. Así, la tacañería rompe silenciosamente la comunión.

La Escritura enseña que el amor al dinero es raíz de muchos males. No dice que sea uno entre muchos, sino una raíz profunda que da origen a múltiples desviaciones. Cuando el dinero ocupa el centro, la fe se subordina, la obediencia se negocia y la verdad se acomoda. El corazón tacaño ya no pregunta qué agrada a Dios, sino qué conviene preservar. Esta inversión de prioridades es el comienzo de la ruina.

La pérdida del gozo es otra señal inequívoca de este proceso. El tacaño puede experimentar satisfacción momentánea al retener, pero no conoce el gozo profundo que nace de la confianza y la generosidad. Vive en permanente

tensión, temiendo perder lo que guarda. La alegría del Reino, que fluye de una relación libre con el Padre, se va apagando lentamente. El alma se vuelve pesada, preocupada y ansiosa.

La tacañería sustituye la fe por la contabilidad. Cada decisión se reduce a números, proyecciones y escenarios posibles. No queda espacio para el riesgo de la obediencia ni para el desafío de la fe. Dios es consultado, pero no seguido. Se ora, pero se decide desde el miedo. Esta forma de vivir engendra una espiritualidad estéril, sin fruto ni expansión.

Suelo enseñar esto con firmeza a los pastores, porque observo que muchos ministros se han acostumbrado a pedir, pero al momento de dar, fallan. Es como si servir a Dios les otorgara el derecho de recibir, pero no la responsabilidad de dar. Quienes actúan así no reconocen su propia tacañería y terminan culpando al pueblo, cuando en realidad el problema está en sus corazones.

Es sorprendente: en algunos talleres para grandes grupos pastorales —no en todos, gracias a Dios— la ofrenda recaudada resulta menor que la que suele recogerse entre personas sin ningún rol ministerial. Esto debería ser exactamente al revés, pues los pastores enseñan sobre finanzas y son quienes más claramente deberían comprender la importancia de dar con generosidad y valorar la Palabra.

Los ministros que sufren inconscientemente el pecado de tacañería se molestan mucho cuando ven a otros ministros que simplemente les fluye la bendición y no comprenden eso,

porque ellos sirven al mismo Dios y se frustran. Algunos no lo dicen, pero les parece injusto que, sirviendo a Dios con mucho esmero y dedicación, no reciban una justa retribución por su trabajo. Lo que ellos no comprenden es que Dios no puede dejar pasar por alto el pecado y no puede prosperarlos hasta que no reconozcan su tacañería y se despojen de ella.

Jesús advirtió que no se puede servir a Dios y a las riquezas, con lo cual todo siervo de Dios tiene la ineludible responsabilidad de guardar su corazón y alinearlos para el Rey (**Proverbios 4:23**). La ruina espiritual del tacaño se manifiesta precisamente en este intento imposible de servir a ambos. El corazón se divide, la fe se debilita y la vida pierde dirección. Aunque externamente todo parezca estable, internamente el alma se va secando.

Este capítulo no busca describir un castigo divino, sino una consecuencia espiritual. Dios no arruina al tacaño; el tacaño se empobrece espiritualmente al desplazar a Dios de su centro. La ruina no viene del cielo como juicio inmediato, sino que brota desde el interior como fruto de una confianza mal colocada.

La ruina espiritual del tacaño se profundiza cuando el control reemplaza a la fe. Allí donde antes había dependencia, ahora hay cálculo; donde había descanso, ahora hay vigilancia constante. El corazón tacaño vive en guardia permanente, como si el mundo entero representara una amenaza para su estabilidad. Esta actitud no solo desgasta el

alma, sino que la encierra en un círculo de autoprotección que impide la obra transformadora de Dios.

El control ofrece una falsa sensación de seguridad. Al medir, prever y anticipar cada escenario, el tacaño cree que puede dominar el futuro. Pero esta ilusión tiene un alto costo espiritual: elimina el espacio para la confianza. La fe, por definición, implica soltar el control. Cuando el control se convierte en el principio rector de la vida, la fe se reduce a una idea teológica sin expresión práctica.

Este desplazamiento tiene consecuencias relacionales profundas. El tacaño comienza a aislarse, no siempre de manera visible, pero sí afectiva y espiritual. Aprende a relacionarse con cautela excesiva, a establecer límites defensivos y a protegerse incluso de quienes ama. El prójimo deja de ser un don y se convierte en una posible pérdida. Así, la tacañería erosiona la comunión y empobrece la vida comunitaria.

La Escritura muestra que el aislamiento no es un diseño de Dios, sino una consecuencia del pecado. El corazón que se cierra a dar termina cerrándose también a recibir. El tacaño no solo retiene recursos; retiene afecto, tiempo, hospitalidad y compromiso. Poco a poco, su mundo se vuelve más pequeño. La vida se reduce a preservar lo propio, y el gozo de compartir se pierde.

La pérdida de gozo es una señal inequívoca de la ruina espiritual. El gozo del Reino no depende de la abundancia

material, sino de la libertad interior. El tacaño, aun rodeado de seguridad aparente, vive inquieto. Su alegría es frágil, condicionada y efímera. Depende de que nada cambie, de que no haya imprevistos, de que el control se mantenga intacto. Pero la vida no funciona así, y el alma lo sabe.

La Escritura enseña que el amor al dinero ahoga la Palabra. No la contradice abiertamente, simplemente la asfixia. El corazón sigue escuchando, pero ya no responde. La verdad es recibida, pero no practicada. La obediencia se posterga, se racionaliza o se adapta. Así, la fe se vuelve estéril. No produce fruto porque ha perdido la capacidad de arriesgar.

El ejemplo de Judas Iscariote es una advertencia solemne. Judas caminó con Jesús, escuchó sus enseñanzas y fue testigo de sus milagros. Sin embargo, su relación con el dinero reveló una grieta profunda en su corazón. La Escritura muestra que el amor al dinero fue un factor determinante en su caída. No fue un acto impulsivo, sino el desenlace de un proceso interno no confrontado.

Judas no traicionó a Jesús solo por unas monedas; lo hizo porque su corazón ya no estaba plenamente rendido. El dinero había ocupado un lugar que solo Cristo debía ocupar. La ruina espiritual ya había comenzado antes del acto visible de traición. El pecado oculto, no tratado, terminó manifestándose de la manera más trágica. Recordemos que Judas era tesorero de los recursos que utilizaban Jesús y sus

discípulos y aparentemente ya venía robando (**Juan 13:29; Juan 12:6**).

Este ejemplo revela una verdad inquietante: se puede estar cerca de Jesús y aun así estar lejos desde el corazón. La cercanía física o ministerial no garantiza salud espiritual. Cuando el amor al dinero se tolera, se abre una brecha que, con el tiempo, se ensancha. La tacañería no siempre conduce a una traición visible, pero siempre conduce a una pérdida de intimidad con Dios.

La ruina espiritual también se manifiesta en la sustitución de la fe por la lógica del sistema. El tacaño adopta los valores del mundo sin cuestionarlos. La acumulación se convierte en virtud, la retención en sabiduría y la generosidad en imprudencia. De este modo, la mente se amolda al sistema, y el Reino pierde influencia sobre las decisiones cotidianas.

La Escritura advierte que quien pone su confianza en las riquezas cae. No porque Dios lo empuje, sino porque las riquezas no pueden sostener lo que prometen. Cuando la crisis llega, y siempre llega, el corazón que ha sido entrenado para confiar en recursos queda desorientado. La fe no tiene raíces profundas, porque nunca fue ejercitada en la dependencia real.

Este proceso de ruina no ocurre de un día para otro. Es progresivo, acumulativo y silencioso. Por eso es tan peligroso. El creyente no se da cuenta de cuánto ha perdido

hasta que la sequedad espiritual se hace evidente. La oración se vuelve rutinaria, la Palabra pierde frescura y la adoración se vuelve mecánica. El alma clama, pero no siempre sabe por qué.

La confrontación del Espíritu Santo nunca es para destruir, sino para rescatar. Cuando Dios expone la ruina espiritual del tacaño, no lo hace para señalarlo sin salida, sino para advertirle que aún hay tiempo de volver. La ruina no es el final inevitable; es una consecuencia reversible cuando el corazón se humilla y reconoce su extravío. El problema no es haber confiado mal, sino persistir en esa confianza equivocada después de haber sido confrontado por la verdad.

El Espíritu de Dios siempre llama antes de que el corazón se endurezca por completo. Llama a través de la Palabra, de la conciencia, de las circunstancias y, muchas veces, del vacío interior que el tacaño ya no puede ignorar. Porque, aunque intente convencerse de que todo está bajo control, el alma sabe que algo se ha roto. La sequedad espiritual no se puede ocultar eternamente. Llega un punto en el que la contabilidad ya no alcanza para calmar el clamor interno.

El arrepentimiento, en este contexto, no consiste simplemente en comenzar a dar más, sino en volver a confiar. Es un giro profundo del corazón. Es reconocer que la seguridad fue mal ubicada y que la fe fue reemplazada por el control. El verdadero arrepentimiento no nace del miedo a perder, sino del deseo de volver a descansar en Dios. Cuando

el corazón se rinde, la generosidad deja de ser una exigencia externa y se convierte en un fruto natural.

La Escritura enseña que Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes. El corazón tacaño, aunque no siempre lo reconozca, vive desde una forma sutil de soberbia: la ilusión de autosuficiencia. El arrepentimiento desarma esa ilusión. Reconoce que todo lo que se tiene es gracia y que todo lo que se es depende de Dios. Allí comienza la restauración.

La esperanza del Evangelio es que ninguna ruina espiritual es definitiva mientras haya disposición a volver. Dios no desecha al corazón quebrantado ni desprecia al que reconoce su necesidad. Aquel que fue pobre en espíritu, pero rico en autosuficiencia, puede volver a ser rico para con Dios cuando su confianza es restaurada. La gracia no se mide por lo que se perdió, sino por lo que aún puede ser transformado.

Cuando el corazón vuelve a confiar, el gozo regresa. No necesariamente cambian de inmediato las circunstancias externas, pero sí cambia la manera de habitarlas. La ansiedad se debilita, el temor pierde autoridad y la fe recupera su voz. El creyente aprende nuevamente a vivir con las manos abiertas, no solo para dar, sino también para recibir lo que Dios desea poner en ellas.

La restauración también alcanza las relaciones. El corazón que se abre a Dios se abre a los demás. La comunión se renueva, la compasión reaparece y el prójimo deja de ser

una amenaza para convertirse en una oportunidad de amar. El aislamiento se rompe cuando la tacañería pierde su dominio. La vida vuelve a expandirse, no en posesiones, sino en vínculos sanos.

Este capítulo no termina con condena, sino con advertencia y esperanza. Advierte que la tacañería conduce a la ruina espiritual si no es confrontada, pero también afirma que ningún corazón está fuera del alcance de la gracia. Dios no busca arruinar al creyente, sino liberarlo de aquello que lo está arruinando por dentro.

La fe que salva también sana. Sana la relación con Dios, sana la relación con el dinero y sana la relación con los demás. Cuando el creyente deja de confiar en lo que retiene y vuelve a confiar en el Padre, la ruina se detiene y comienza un proceso de restauración profunda. El alma vuelve a respirar, la fe vuelve a moverse y la vida espiritual recupera dirección.

Este capítulo deja una verdad clara y urgente: la ruina espiritual del tacaño no es un castigo divino, sino el resultado de un corazón que dejó de confiar. Pero esa ruina no es irreversible. Allí donde hay arrepentimiento, Dios levanta. Allí donde hay humildad, Dios restaura. Allí donde el corazón vuelve a abrirse, el Reino vuelve a fluir.

Con esta comprensión, esta enseñanza se encamina hacia una verdad aún más confrontante: que aquello que no se sana en el corazón termina afectando toda la vida

espiritual. Porque el dinero no es neutral cuando gobierna, y la fe no puede florecer donde el temor dirige. Solo un corazón libre puede vivir la plenitud del Reino.

“Pero el que mira atentamente a la ley perfecta, la ley de la libertad, y permanece en ella, no habiéndose vuelto un oidor olvidadizo sino un hacedor eficaz, éste será bienaventurado en lo que hace.”

Santiago 1:25



Capítulo cinco

GENEROSIDAD EL ANTÍDOTO DEL ALMA

*“El que es generoso prospera;
el que reanima a otros será reanimado.”*

Proverbios 11:25

Hay heridas que no se ven, pero que condicionan todo lo que una persona es capaz de amar, creer y entregar. La tacañería es una de ellas. No siempre se manifiesta con dureza visible, pero como hemos visto, siempre deja un rastro de temor, control y desconfianza. Por eso la Escritura no presenta la generosidad como una simple virtud ética, sino como una medicina espiritual. Dar no es solo una acción; es una terapia del alma. Y como toda terapia profunda, no actúa primero sobre las manos, sino sobre el corazón.

Pablo, escribiendo a los corintios, no les habla de ofrendas como una obligación, sino como una siembra espiritual: *“El que siembra escasamente, escasamente también segará; y el que siembra generosamente, generosamente también segará”* (2 Corintios 9:6). Esta

afirmación no es una fórmula mecánica para enriquecerse, sino una revelación sobre cómo funciona el Reino. La generosidad no compra a Dios, pero abre al ser humano a experimentar la vida de Dios. Cuando alguien se acostumbra a retener, su mundo se vuelve pequeño. Cuando alguien aprende a dar, su mundo se expande.

El corazón humano tiende a creer que posee lo que tiene, pero la generosidad lo corrige, recordándole que nada es suyo, que todo ha sido recibido. En ese sentido, dar es un acto profundamente teológico: declara que Dios es la fuente y que nosotros somos simplemente canales. El espíritu tacaño, en cambio, intenta convertirse en su propia fuente. Por eso vive en tensión, en ansiedad y en permanente defensa de lo que acumula.

Jesús lo expresó con una claridad que desarma cualquier ambigüedad: ***“Más bienaventurado es dar que recibir” (Hechos 20:35)***. No dijo que es más rentable, ni más estratégico, ni más conveniente, sino más bienaventurado. Es decir, más alineado con la felicidad profunda del alma. Porque el gozo verdadero no nace de lo que uno guarda, sino de lo que uno entrega con fe.

La generosidad no es una pérdida; es una liberación. Libera del miedo a no tener suficiente. Libera de la ilusión de control. Libera del peso de creerse dueño de lo que en realidad solo se administra por un breve tiempo. Cuando una persona aprende a dar con libertad, algo se quiebra dentro: se rompe el hechizo de la escasez, esa voz interior que susurra

constantemente que no alcanza, que no es prudente, que es peligroso confiar.

En el Reino de Dios, dar no es un acto financiero; es un acto espiritual. Jesús lo enseñó al observar a una viuda que echaba dos pequeñas monedas en el arca del templo (**Lucas 21:1 al 4**). Humanamente hablando, era insignificante. Espiritualmente hablando, era una ofrenda gigantesca. Ella no dio de lo que le sobraba; dio de lo que necesitaba. Y al hacerlo, declaró algo que estremeció el cielo: que confiaba más en Dios que en sus últimas monedas.

La misma dinámica aparece en la historia de la viuda de Sarepta. Cuando Elías llegó a su casa, ella estaba a punto de preparar su última comida para ella y su hijo antes de morir (**1 Reyes 17:8 al 12**). No tenía reservas, no tenía ahorros, no tenía un plan B. Solo tenía un puñado de harina y un poco de aceite. Y Dios la confrontó, no con una exigencia cruel, sino con una invitación a confiar: ***“Hazme a mí primero”*** (**1 Reyes 17:13**). No porque Dios sea egoísta, sino porque la fe necesita ser puesta a prueba para ser liberada.

La viuda dio lo que no tenía. Y al darlo, descubrió que en realidad sí lo tenía, porque Dios estaba con ella. La harina no se acabó y el aceite no escaseó durante toda la sequía (**1 R 17:14 al 16**). Ese milagro no fue producido por una fórmula económica, sino por una decisión espiritual: confiar. La generosidad fue el puente entre su necesidad y la provisión divina.

Cuando una persona se atreve a dar en medio de la escasez, no está negando la realidad; está afirmando una realidad superior. Está diciendo: “Dios es más real que mis números”. Y ese acto de fe abre una dimensión del Reino que no se puede experimentar de otra manera. La tacañería cierra esa puerta. La generosidad la abre.

Pablo describe algo similar cuando habla de la iglesia de Macedonia. Eran pobres, perseguidos y afligidos, pero dieron con una abundancia que sorprendió a todos (**2 Corintios 8:1 y 2**). No dieron porque tenían mucho, sino porque tenían gracia. La Escritura dice que “*dieron más allá de sus fuerzas*” y que lo hicieron “*primeramente al Señor*” (**2 Corintios 8:3 al 5**). Esa frase es clave: primero al Señor. Porque cuando alguien se entrega a Dios, entregar sus recursos deja de ser una amenaza.

La generosidad no comienza en la billetera; comienza en el corazón. Cuando el corazón se rinde, la mano se abre. Cuando el yo deja de gobernar, el dar deja de doler. Por eso la verdadera generosidad no es impulsiva ni manipulada, sino voluntaria. “*Cada uno dé como propuso en su corazón, no con tristeza ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre*” (**2 Corintios 9:7**). El gozo no es una emoción que aparece después de dar; es la señal de que se dio correctamente.

La tristeza al dar revela que algo todavía está siendo retenido internamente. El gozo revela que se ha soltado algo más que dinero: se ha soltado control, se ha soltado miedo,

se ha soltado idolatría. La generosidad sana porque rompe la lógica del ego, esa voz que dice: “Guarda para ti”. El Espíritu dice: “Confía y entrega”.

No es casual que Pablo relacione la generosidad con una abundancia que no es solo material. Él habla de ser enriquecidos “en todo” para toda liberalidad (**2 Corintios 9:11**). Es una riqueza que incluye paz, libertad interior, confianza en Dios, sensibilidad espiritual. El avaro puede tener dinero, pero vive pobre por dentro. El generoso puede tener poco, pero vive rico en lo que realmente importa.

El antídoto del alma contra la tacañería no es aprender a ganar más, sino aprender a soltar mejor. Porque la raíz del problema no es la cantidad, sino el apego. Y el apego se rompe cuando se practica la entrega. Cada acto de generosidad es un pequeño exorcismo contra el espíritu de avaricia.

En este punto del camino espiritual, muchos creyentes descubren algo incómodo: que han orado por bendición, pero no han permitido que Dios sane su relación con el dinero. Quieren provisión sin rendición. Quieren multiplicación sin transformación. Pero el Reino no funciona así. Dios no solo quiere llenar nuestras manos; primeramente quiere liberar nuestro corazón.

Por eso la generosidad no es un tema secundario en la vida cristiana. Es un termómetro espiritual. Revela en qué confiamos, a qué tememos y quién gobierna realmente

nuestra vida. Donde está nuestro tesoro, allí está nuestro corazón (**Mateo 6:21**). Y donde está nuestro corazón, allí fluye nuestra fe.

La generosidad no empobrece. Empobrece la ilusión de control. Empobrece el ego. Empobrece el miedo. Pero en ese empobrecimiento ocurre algo glorioso: el alma se vuelve ligera, libre, capaz de creer otra vez que Dios es bueno y fiel. ¡Ese es el comienzo de toda verdadera riqueza!

La generosidad no solo sana al individuo; sana al cuerpo. Cuando una comunidad aprende a dar, algo cambia en su atmósfera espiritual. La iglesia deja de ser un espacio de consumo religioso y se convierte en un organismo vivo que comparte vida. En ese punto, el dinero deja de ser un tema incómodo y pasa a ser una herramienta sagrada. Ya no se trata de “cuánto damos”, sino de “qué espíritu gobierna lo que tenemos”.

La Escritura muestra que la iglesia primitiva no vivía bajo un sistema de presión, sino bajo una cultura de gracia. Los creyentes no eran forzados a desprenderse de sus bienes, pero tampoco estaban dominados por ellos. Habían descubierto que la comunión verdadera no se sostiene solo con palabras, sino con entrega concreta. Cuando alguien tenía necesidad, otro encontraba gozo en suplirla. Y en ese flujo de dar y recibir, Cristo se hacía visible.

Pablo comprendía esto con claridad cuando dijo que Dios es poderoso para hacer que abunde en nosotros toda

gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas lo suficiente, abundemos para toda buena obra (**2 Corintios 9:8**). El propósito de la provisión divina no es la acumulación, sino la participación. Dios no nos bendice para aislarnos, sino para integrarnos en Su obra redentora.

El espíritu tacaño, en cambio, construye muros. Hace que la persona se encierre en su pequeño reino privado, defendiendo lo que cree que es suyo. Pero la generosidad construye puentes. Une corazones, restaura dignidades, hace visible el amor de Dios en acciones concretas. Donde hay generosidad, el Evangelio se vuelve creíble.

La iglesia de Macedonia es una prueba viva de esto. Pablo no la presenta como un ejemplo de prosperidad económica, sino como un ejemplo de gracia en acción. Dice que ***“en grande prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad”*** (2 Corintios 8:2). Es una frase que desafía toda lógica humana: profunda pobreza produciendo riqueza de generosidad. No porque el dinero hubiera aparecido de la nada, sino porque el corazón había sido liberado del miedo.

Cuando una comunidad vive así, ocurre algo poderoso: se rompe el ciclo de la escasez espiritual. Ya no se ora solo por provisión, sino por oportunidades de dar. Ya no se mide el éxito por lo que se acumula, sino por lo que se comparte. Y en ese cambio de enfoque, Dios se mueve con libertad. En mi experiencia personal he visto la gran diferencia espiritual que hay entre una congregación instruida en el dar y otra

gobernada por el espíritu de tacañería. En la primera se percibe el gozo y la excelencia que brinda la abundancia, en la segunda, la frustración y la mediocridad que genera la escasez.

La generosidad también tiene un efecto profético. En un mundo gobernado por la avaricia, una iglesia generosa es una señal del Reino. Proclama, sin palabras, que hay otra manera de vivir. Que no estamos sujetos al sistema del miedo, sino a la economía de la gracia. Que no dependemos de lo que guardamos, sino de Aquel que provee.

Por eso Pablo afirma que la generosidad produce acciones de gracias a Dios (**2 Corintios 9:11 y 12**). No solo porque alguien recibió ayuda, sino porque el carácter del Padre fue revelado. Cada acto de dar se convierte en una doxología encarnada. La gloria de Dios se manifiesta cuando su pueblo refleja Su corazón.

Y el corazón de Dios es profundamente generoso. Desde el principio hasta el fin de la Escritura, vemos a un Dios que da. Da vida, da promesas, da perdón, da su Espíritu. Y finalmente, se da a sí mismo en la cruz. ***“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio...”*** (Juan 3:16). Ese es el ADN del Reino. El amor verdadero siempre se expresa entregándose.

Cuando un creyente practica la generosidad, no está simplemente obedeciendo un principio; está participando del carácter de Dios. Está siendo formado a la imagen del Padre.

Está dejando que el Espíritu Santo desarraigue la tacañería y plante en su lugar una nueva naturaleza.

Esto no ocurre de un día para otro. La generosidad se aprende. Se ejercita. Se fortalece con cada decisión de confiar. A veces comienza con pequeños pasos: compartir lo que se tiene, ayudar a alguien en necesidad, sostener la obra de Dios con fidelidad. Pero cada acto, por pequeño que parezca, va reeducando el alma.

Con el tiempo, el creyente descubre algo maravilloso: que ya no da con miedo, sino con expectativa. No porque espere una retribución automática, sino porque ha aprendido que Dios es fiel. Que nunca se queda con lo que entregamos, sino que lo transforma en bendición, de maneras que muchas veces superan lo material.

El espíritu tacaño siempre pregunta: “¿Y si me falta?”. La fe generosa pregunta: “¿Y si Dios es más grande que mi temor?”. Esa es la verdadera batalla. Y cada vez que damos con fe, esa batalla se inclina a favor del Reino. En este punto, la generosidad deja de ser un tema económico y se convierte en un camino de discipulado. Es una de las formas más prácticas de morir al yo y vivir para Dios. Porque el dinero toca fibras profundas del corazón. Donde aprendemos a soltar, allí aprendemos a confiar. Y donde aprendemos a confiar, allí el Reino se manifiesta.

La generosidad transforma comunidades porque transforma personas. Libera líderes de la manipulación.

Libera creyentes de la dependencia. Libera a la iglesia del espíritu de supervivencia. Y la lleva a vivir desde la abundancia de la gracia. Y esa es, en última instancia, la mayor riqueza que puede existir.

“Den y se les dará: se les echará en el regazo una medida llena, apretada, sacudida y desbordante. Porque con la medida con que midan a otros, se les medirá a ustedes.”

Lucas 6:38

La generosidad, cuando se convierte en un estilo de vida, deja de ser un acto ocasional y pasa a ser una postura del corazón. Ya no es algo que se hace cuando sobra, sino algo que define quién se es. En ese punto, el alma ha sido reconfigurada. El miedo ha perdido autoridad. La fe ha aprendido a respirar con libertad y en ese punto, la abundancia de Dios comienza a derramarse.

Uno de los grandes engaños del espíritu tacaño es hacer creer que dar es un riesgo. Pero el Reino revela lo contrario: no dar es el verdadero peligro. Porque todo lo que no se entrega termina por poseernos. No porque el dinero sea malo o diabólico en sí mismo, sino porque sus beneficios exigen lealtad. La generosidad rompe esa esclavitud. Cada vez que damos, declaramos a quién pertenecemos.

Cuando el creyente comienza a practicar el dar como una disciplina espiritual, algo profundo sucede: su percepción de la provisión cambia. Ya no vive esperando que las circunstancias mejoren para ser generoso; es generoso aun

en medio de la incertidumbre. Y en esa entrega, descubre que Dios no falla. Tal vez no siempre como uno imagina, pero siempre como Él promete.

Pablo lo expresa con una belleza casi litúrgica cuando dice que Dios *“da semilla al que siembra y pan al que come”* (2 Corintios 9:10). Primero da semilla. Es decir, nos confía algo que no es para retener, sino para plantar. Y cuando esa semilla es sembrada, Dios la multiplica. La lógica del Reino es clara: lo que se guarda se estanca, lo que se siembra se reproduce.

La generosidad también purifica la motivación. Al principio, muchos dan esperando algo a cambio. Con el tiempo, aprenden a dar porque es bueno, porque es justo, porque es conforme al corazón de Dios. Y ese cambio es una señal de madurez espiritual. El dar deja de ser una estrategia y se convierte en una expresión de amor.

La iglesia que vive así se vuelve un lugar de refugio en un mundo marcado por la competencia y el egoísmo. Donde otros compiten, ella comparte. Donde otros acumulan, ella reparte. Y esa diferencia no pasa desapercibida. Es una predicación silenciosa, pero poderosa.

Cuando la generosidad gobierna una comunidad, los recursos fluyen, pero también fluyen la confianza, la unidad y el gozo. Ya no hay temor de que falte, porque todos saben que Dios es la fuente. Ya no hay sospecha de que alguien se aproveche, porque el Espíritu Santo guarda los corazones. La

generosidad crea un ambiente donde la gracia puede moverse sin obstáculos.

Por eso el enemigo ataca tanto este terreno. Sabe que una iglesia generosa es una iglesia peligrosa para su reino. Sabe que donde el dinero ha sido rendido, el corazón también lo ha sido. Y donde el corazón es de Dios, el Reino avanza.

La práctica constante del dar es una de las formas más efectivas de mantener el alma sana. Es un ejercicio de humildad, de fe y de amor. Nos recuerda que no somos el centro, que no somos la fuente, que no somos los dueños. Somos hijos. Y un hijo que confía no teme quedarse sin nada.

La generosidad no promete una vida sin dificultades, pero sí promete una vida libre del yugo de la avaricia. Promete un corazón ligero, una fe activa, una comunión profunda con el Padre. Y eso es una riqueza que ningún banco puede guardar.

Al final, el creyente generoso descubre una verdad simple y gloriosa: que nunca perdió nada al dar. Que todo lo que entregó en fe fue transformado en algo mayor. Que el Dios que dio a su Hijo no es mezquino con los suyos. Y que vivir con las manos abiertas es la forma más segura de caminar en el Reino. Porque en la economía de Dios, el que da no se queda vacío. Se queda libre. Y esa libertad es el mayor tesoro que un alma puede poseer.

“Ustedes serán enriquecidos en todo sentido para que en toda ocasión puedan ser generosos, y para que por medio de nosotros la generosidad de ustedes resulte en acciones de gracias a Dios.”

2 Corintios 9:11



Capítulo seis

SOMOS ADMINISTRADORES NO DUEÑOS

“Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel.”

1 Corintios 4:2

Una de las ilusiones más persistentes del corazón humano es creer que posee lo que tiene. La Escritura, sin embargo, comienza derrumbando esa fantasía con una afirmación simple y absoluta: ***“De Jehová es la tierra y su plenitud, el mundo y los que en él habitan”*** (Salmo 24:1). Nada es nuestro en sentido último. Ni el dinero, ni el tiempo, ni las capacidades, ni siquiera la vida. Todo pertenece a Dios. Nosotros no somos propietarios; somos administradores. Y esa verdad, cuando es comprendida, redefine por completo la manera en que vivimos.

La mayordomía no es un concepto económico; es una cosmovisión espiritual. Significa entender que estamos viviendo en una creación que tiene Dueño, y que todo lo que pasa por nuestras manos lo hace en calidad de encargo. Esta

conciencia transforma la relación con los recursos. El dinero deja de ser una posesión privada y se convierte en una responsabilidad sagrada. El tiempo deja de ser algo que gastamos como queremos y pasa a ser algo que debemos rendir. La vida deja de ser un proyecto personal y se convierte en una misión confiada por Dios.

Jesús enseñó esta verdad una y otra vez. En la parábola del mayordomo fiel y prudente, preguntó quién sería aquel a quien el señor pondría sobre su casa para dar alimento a tiempo a los demás (**Lucas 12:42**). La fidelidad no se medía por cuánto retenía, sino por cómo distribuía. El mayordomo no existe para sí mismo; existe para cumplir la voluntad del dueño.

El problema surge cuando el mayordomo comienza a comportarse como dueño. Cuando olvida que lo que administra no le pertenece. Entonces aparecen la avaricia, el abuso, la negligencia y la corrupción. Lo mismo ocurre en la vida espiritual. Cuando un creyente olvida que todo es de Dios, empieza a usar los recursos del Reino para edificar su propio pequeño imperio. La tacañería es una forma de rebelión encubierta: es decirle a Dios “esto es mío”.

La buena mayordomía sana esa distorsión. Nos recuerda que la vida cristiana no consiste en acumular bendiciones, sino en administrarlas para la gloria de Dios. Por eso Jesús dijo que el que es fiel en lo muy poco, también es fiel en lo mucho, y el que es injusto en lo muy poco, también lo es en lo mucho (**Lucas 16:10**). La prueba de la

fidelidad no está en los grandes momentos, sino en las pequeñas decisiones diarias: cómo uso lo que tengo, cómo trato lo que recibí, cómo honro al Dueño con lo que me confió.

El dinero, en ese sentido, es una de las herramientas más reveladoras del corazón, porque el dinero reclama señorío y quienes debemos administrarlo no podemos ocultar ante Dios, cual es el lugar que le estamos dando en nuestro corazón. La mayordomía declara que el único Señor es Dios. El dinero es solo un siervo. Sin embargo, es claro que los seres humanos tenemos por lógico trabajar para el dinero, en lugar de poner el dinero a trabajar para nosotros.

El dinero debería esforzarse por darnos todo lo que necesitamos, pero en lugar de eso, nosotros nos esforzamos tan solo para tenerlo. El dinero debería cuidarnos; sin embargo, somos nosotros los que hacemos grandes cajas fuertes para protegerlo a él. El dinero debería amarnos y brindarnos servicio durante su existencia; sin embargo, es claro que somos los seres humanos los que dejamos hasta el último aliento para obtenerlo.

Dios no tiene problema con que nosotros tengamos dinero, lo que Él no desea es que el dinero nos esclavice, y no negociará eso. Él prefiere hijos libres en escasez, que hijos esclavos viviendo con abundancia. Es muy común que la gente haga cualquier cosa por dinero, tal como si en verdad fuera el amor de su vida. Las cárceles están llenas de personas

que se la jugaron por dinero, que robaron, que mataron o hicieron cualquier tipo de fechoría con tal de obtenerlo.

El mundo está lleno de personas que trabajan de lo que no les gusta, gente que se corrompe, que se degrada, que se humilla con tal de obtener dinero. Sin embargo, el dinero no ama a nadie, es absolutamente infiel y además se va con cualquiera. No importa lo que podamos hacer por él, simplemente se va con el que lo adora, por más corrupto o sucio que sea. El dinero es infiel y nadie puede ser feliz viviendo con alguien infiel, simplemente estará sometido por siempre al dolor.

Cuando la verdad de Dios nos hace despertar a esta realidad presente, desciende del intelecto al espíritu, y entonces ocurre algo poderoso: desaparece la ansiedad. El amor se va, solo queda la tarea de someter el dinero a servidumbre. Los mayordomos no viven preocupados como el dueño y hacen productivo, todo lo que tienen a su cargo. El dueño teme perder; el mayordomo confía en que el dueño proveerá. El dueño se aferra; el mayordomo distribuye. El dueño se angustia; el mayordomo descansa.

Esta es una de las grandes libertades del Reino: saber que no cargamos con el peso de sostener nuestra propia vida. Jesús lo enseñó cuando dijo que miráramos a las aves del cielo y a los lirios del campo, que no siembran ni cosechan, pero son sustentados por el Padre (**Mateo 6:26 al 30**). No es una invitación a la irresponsabilidad, sino a la confianza. El

mayordomo trabaja, pero no vive esclavo del resultado. Hace su parte, pero sabe que el Señor es quien da el crecimiento.

La mayordomía también revela propósito. Cuando entendemos que todo lo que tenemos es de Dios, preguntamos naturalmente: “¿Para qué me fue dado?”. Los dones no son para el lucimiento personal. Los recursos no son para el confort aislado. Las oportunidades no son para el ego. Todo es para el Reino, por lo tanto, nuestra prioridad cambia y nuestros recursos son consagrados primeramente al propósito divino. Cuando eso ocurre, no nos queda más que recibir abundancia.

En ese punto, la vida se vuelve coherente. Ya no está dividida entre lo espiritual y lo material. Todo se convierte en adoración. Trabajar, ganar, ahorrar, dar, invertir, ayudar, planificar... todo entra bajo el señorío de Cristo. El mayordomo vive delante de Dios, no solo cuando ora, sino cuando maneja cada aspecto de su existencia.

Este es el fundamento sobre el cual se edifica una economía del Reino sana. No una economía basada en el miedo, sino en la confianza. No en la acumulación, sino en la administración. No en el yo, sino en la gloria de Dios. Y cuando esta verdad se establece en el corazón, el espíritu tacaño pierde su lugar. Porque el mayordomo sabe que nada es suyo... y que, precisamente por eso, puede usarlo todo con libertad.

La fidelidad, en el Reino de Dios, no es una virtud menor; es una ley espiritual. Jesús lo dejó claro cuando afirmó que quien es fiel en lo poco es fiel en lo mucho, y quien es injusto en lo poco también lo será cuando reciba mayor responsabilidad (**Lucas 16:10**). Esta afirmación no habla solamente de dinero, sino de una postura del corazón. Dios no observa tanto la magnitud de lo que administramos, sino la manera en que lo hacemos.

La vida de los hijos de Dios está llena de “cosas pequeñas” que en realidad son grandes pruebas. Un salario, una oportunidad, una relación, una habilidad, un ministerio. Todo llega como semilla. Todo puede crecer o puede enterrarse. Y aquí es donde la mayordomía se vuelve una revelación incómoda: no somos evaluados por lo que recibimos, sino por lo que hacemos con lo que recibimos.

La parábola de los talentos expone esta verdad con una claridad estremecedora. Un señor entrega a sus siervos diferentes cantidades conforme a su capacidad y se va de viaje (**Mateo 25:14 y 15**). No les pide que todos produzcan lo mismo, pero sí que todos sean fieles. Dos de ellos negocian, arriesgan, trabajan y multiplican lo que se les confió. El tercero, dominado por el temor, esconde su talento. No lo pierde, pero tampoco lo usa.

Y ese es uno de los grandes engaños del espíritu tacaño espiritual: creer que mientras no se pierda nada, no hay problema. Pero en el Reino, no usar es una forma de infidelidad. No invertir es una forma de desobediencia. El

siervo que enterró el talento fue llamado malo y negligente, no porque robó, sino porque no produjo (**Mateo 25:26**). La mayordomía no se mide por lo que se conserva, sino por lo que se fructifica.

El temor siempre es el enemigo de la buena administración. El siervo infiel dijo: “*Tuve miedo*” (**Mateo 25:25**). El miedo lo llevó a paralizarse. A protegerse. A jugar seguro. Pero el Reino no avanza por personas que solo quieren protegerse. Avanza por personas que confían lo suficiente en el Señor como para arriesgar lo que Él les dio.

Cuando alguien entiende que Dios es el Dueño, puede invertir con libertad. Porque sabe que, si algo se pierde en el camino de la obediencia, Dios sigue siendo fiel. Pero cuando alguien se cree dueño, vive aterrado ante la posibilidad de perder. Y ese terror produce esterilidad. El Reino se compone de riesgos para la mente natural, pero para la mente espiritual está lleno de desafíos extraordinarios.

La mayordomía fiel también abre puertas espirituales. Jesús dijo que, si no somos fieles en las riquezas injustas, nadie nos confiará las verdaderas riquezas (**Luas 16:11**). Hay dimensiones del Reino, autoridad espiritual, revelación, impacto eterno, que están conectadas con cómo manejamos lo material. No porque Dios sea materialista, sino porque lo material revela quién gobierna nuestro corazón.

Por eso tantos creyentes se estancan. No porque no oren, no porque no tengan dones, sino porque no han

aprendido a administrar con fidelidad lo que ya recibieron. Esperan más, pero no han sido fieles con lo poco. Quieren promoción espiritual, pero todavía usan los recursos del Reino como si fueran propios.

El mayordomo fiel vive de otra manera. Vive con una conciencia constante de rendición de cuentas. Sabe que un día el Señor pedirá cuentas, no para condenar, sino para evaluar. Y esa conciencia no produce temor, sino propósito. Cada decisión importa. Cada peso, cada hora, cada oportunidad, cada relación es una semilla que puede glorificar a Dios o ser desperdiciada.

Cuando esta verdad se asienta, el creyente deja de preguntarse “¿cuánto puedo quedarme?” y empieza a preguntarse “¿cómo puedo usar esto para el Reino?”. Y ese cambio de pregunta transforma la vida. La fidelidad no es perfección. Es lealtad. Es usar lo que tenemos con la intención correcta. Es buscar la gloria de Dios en lo cotidiano. Es vivir sabiendo que todo lo que pasa por nuestras manos es una oportunidad de honrar al Dueño.

Vivir como mayordomos es vivir con la eternidad en el corazón. Cada día, cada decisión, cada recurso administrado se convierte en una respuesta silenciosa a una pregunta que algún día será audible: ¿qué hiciste con lo que te confié? Esta no es una pregunta para producir miedo, sino para producir propósito. La rendición de cuentas no es una amenaza; es una honra. Significa que nuestra vida importa lo suficiente como para ser evaluada.

Jesús habló de este momento cuando describió al señor que regresó para ajustar cuentas con sus siervos (**Mateo 25:19**). No regresó para humillarlos, sino para revelar quiénes habían entendido su corazón. Los que habían sido fieles no solo fueron felicitados; fueron promovidos. ***“Sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor”*** (Mateo 25:21). La fidelidad en la tierra abre participación en el gozo del cielo.

El mayordomo que vive a la luz de ese día no se obsesiona con la acumulación, sino con la administración. No pregunta cuánto puede guardar, sino cuánto puede invertir para el Reino. No vive para impresionar a otros, sino para agradar al Dueño. Y eso trae una paz que el mundo no puede dar.

Esta conciencia también libera del orgullo. Porque el mayordomo sabe que todo lo que produjo fue con recursos que no eran suyos. No puede jactarse de la cosecha, porque la semilla fue un regalo. No puede atribuirse la gloria, porque la capacidad también fue confiada. Todo lo bueno apunta a Dios.

Al mismo tiempo, la mayordomía libera de la culpa. Porque no se trata de haber tenido mucho o poco, sino de haber sido fiel. El siervo con dos talentos recibió la misma aprobación que el de cinco. Dios no compara cantidades; examina corazones. La verdadera pregunta no es cuánto administraste, sino cómo lo hiciste.

Vivir así transforma la relación con el dinero, con el tiempo y con la vida misma. Nada es trivial. Nada es insignificante. Cada oportunidad es un encargo sagrado. Cada recurso es una herramienta del Reino. Cada día es una nueva posibilidad de honrar al Dueño. Y cuando esta verdad gobierna, el espíritu tacaño no tiene dónde arraigarse. Porque el mayordomo no vive aferrado; vive disponible. No vive en modo de defensa; vive en modo de misión. No vive para sí; vive para Dios.

Esta es una de las grandes libertades del Evangelio: saber que no somos dueños de nada... y por eso podemos usarlo todo para la gloria de Aquel que nos lo confió. El dinero deja de ser un amo y se convierte en un siervo. El tiempo deja de ser un enemigo y se convierte en una ofrenda. La vida deja de ser un proyecto personal y se convierte en una historia redentora.

Al final, el mayordomo fiel no anhela oír elogios humanos, sino una sola voz. La voz del Señor diciendo que su vida no fue en vano, que su entrega no fue desperdiciada, que su fidelidad tuvo peso eterno. Y ese día, cuando todo lo temporal se desvanezca, solo quedará lo que fue administrado para el Reino. ¡Eso es verdadera riqueza!

“Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por siempre. Amén.”

Romanos 11:36

Capítulo siete

LA ECONOMÍA DEL REINO

“Y les dijo: Estad atentos y guardaos de toda forma de avaricia; porque aun cuando alguien tenga abundancia, su vida no consiste en sus bienes.”

Lucas 12:15

Hay dos economías operando en el mundo, aunque no siempre se las reconoce como tales. Una es la economía del sistema humano, gobernada por la escasez, la competencia y el miedo. La otra es la economía del Reino de Dios, gobernada por la abundancia, la fe y la gracia. Vivir en una u otra no depende de cuánto dinero se tenga, sino de a qué reino pertenece el corazón.

Jesús lo expresó con una claridad radical cuando dijo: ***“No os hagáis tesoros en la tierra... sino hacéos tesoros en el cielo”*** (Mateo 6:19 y 20). No estaba despreciando lo material, sino revelando una verdad más profunda: que el lugar donde depositamos nuestro tesoro define el sistema

bajo el cual vivimos. El corazón sigue al tesoro. Donde uno invierte su vida, allí se forma su identidad.

La economía del mundo enseña a retener para sobrevivir. La del Reino enseña a dar para vivir. El mundo dice: “El que guarda, gana”. El Reino dice: “El que da, recibe”. El mundo dice: “El que acumula, está seguro”. El Reino dice: “El que confía, es libre”. En el mundo hay un dicho muy popular: “Mejor un pájaro en mano que cientos volando...” En el Reino eso es al revés. Es mejor que haya cientos volando, porque están bajo el gobierno de Dios y Él los deposita en nuestras manos cuando quiere.

Esta lógica no es poética; es espiritual. Jesús la vivió, la enseñó y la encarnó. Cuando miró a las multitudes hambrientas en el desierto, no dijo que era un problema de recursos, sino de fe. Cinco panes y dos peces eran absolutamente insuficientes según la economía humana. Pero en manos del Reino, fueron más que suficientes para alimentar a miles (**Juan 6:1 al 13**). La multiplicación no comenzó cuando el pan se partió, sino cuando el muchacho lo entregó.

Eso es una de las leyes más profundas del Reino: nada se multiplica mientras permanece retenido. Todo se multiplica cuando es puesto en las manos de Dios. Lo que se guarda se limita. Lo que se entrega se transforma. Muchos hermanos desconfían y se ofenden cuando los ministros les alentamos a dar, pero eso es lo que puede destrabar sus finanzas, tan solo si pudieran comprenderlo no se enojarían

sino que avanzarían hacia la prosperidad que Dios pretende para ellos.

Créanme, que en el Reino manejar finanzas es mucho más espiritual de lo que algunos pretenden. De hecho, se lo vincula con lo carnal, con la vanidad, con la codicia y esas cosas, pero cuando se vive una economía de Reino y uno se vuelve un administrador, no hay nada de eso en la abundancia. Por el contrario, se logra un equilibrio que es muy difícil de sobrellevar, porque se necesita ser bien espiritual y sabio para manejar finanzas sin que nuestro corazón se contamine.

Cuando la sabiduría habló en primera persona dijo: ***“Yo amo a los que me aman, y me hallan los que temprano me buscan. Las riquezas y la honra están conmigo; riquezas duraderas, y justicia”*** (Proverbios 8:17 y 18). Si queremos encontrar las riquezas duraderas del Reino, debemos saber que habita con la sabiduría divina. Los necios no logran riquezas duraderas obtenidas con justicia.

Jesús nunca enseñó a sus discípulos a acumular, sino a confiar, porque acumular, cualquier impío acumula, pero confiar y utilizar finanzas libres que lleguen a nuestras manos cuando Dios disponga, es otra cosa. Jesús dijo que el Padre sabía de qué cosas tenían necesidad (**Mateo 6:32**) y eso es más que suficiente. El problema es que la gente razona más con la mente adámica que con la mente de Cristo, y el sistema nos ha enseñado a pensar que debemos generar todo con el sudor de nuestra frente, y no recibir por medio de la

bendición de Dios que enriquece y que no añade tristeza (**Proverbios 10:22**).

Los hermanos deben aprender, que buscar primero el Reino trae como añadidura todo lo demás (**Mateo 6:33**). Esto no es una promesa de lujo, sino de provisión fiel. El sistema otorga todo con la intención de sostener esclavitud, tanto desde la abundancia como desde la escasez. Por su parte, la economía del Reino no promete exceso; promete suficiencia acompañada de paz.

En esta economía, la riqueza no se mide por lo que se posee, sino por la capacidad de circular que tengan los recursos. La iglesia primitiva lo entendió de manera tan profunda que *“tenían todas las cosas en común”* y *“no había entre ellos ningún necesitado”* (**Hechos 4:32 al 34**). No porque todos fueran ricos, sino porque nadie era indiferente, ni procuraba acumular para sí, sabiendo que había necesidad en otros. La abundancia del Reino no es individualista; sino que está impregnada de propósito.

Cuando una comunidad vive bajo esta lógica, la pregunta deja de ser “¿cuánto es mío?” y pasa a ser “¿a quién puedo bendecir?”. Y ese cambio de enfoque es revolucionario. Rompe el espíritu de competencia. Sana las comparaciones. Establece una cultura de honra y de cuidado mutuo. Hoy en día el individualismo y la ambición personal, hace que muchos ignoren sin carga alguna, lo que otros pueden estar viviendo, y lo que es peor, según la cultura actual, esto es lógico y normal.

La economía del Reino también confronta una de las idolatrías más sutiles: la seguridad basada en lo material. Jesús fue directo: ***“La vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee”*** (Lucas 12:15). El alma no se nutre de cuentas bancarias. Se nutre de confianza en Dios. Es verdad, que tener acopio económico sirve para no padecer dificultades ante los compromisos, pero una cosa es la buena administración y otra muy diferente es la ambición desmedida.

Es claro que no estoy sugiriendo vivir con las cuentas en rojo, tal como si tener un ahorro fuera algo malo. Por el contrario, ser un buen administrador agrada a Dios. Lo que debemos tener siempre presentes es que, si Dios nos demanda recursos por determinado propósito, no debemos cerrar nuestra mano. El tacaño acopia y se vuelve indiferente, pero el sabio acopia para avanzar y nunca cierra su mano si el Señor así lo demanda.

Cuando alguien vive bajo la economía del Reino, puede trabajar, planificar y administrar con sabiduría, pero sin ansiedad. Puede ahorrar, pero sin idolatría. Puede prosperar, pero sin orgullo. Porque su seguridad no está en lo que tiene, sino en quién lo sustenta. Esa es la verdadera riqueza del Reino: vivir sabiendo que el Padre gobierna.

Cuando la economía del Reino se establece en una comunidad, lo primero que cae es el individualismo. Ya no se vive bajo la lógica del “sálvese quien pueda”, sino bajo la convicción de que pertenecemos unos a otros en Cristo. Esto

no es una ideología social; es una realidad espiritual. La iglesia no es una suma de individuos, es un cuerpo. Y un cuerpo sano no permite que uno de sus miembros sufra mientras otro se excede. Así mismo, los proyectos evangelísticos, misioneros o de expansión, no deben ser ignorados.

La Escritura describe a la iglesia primitiva con palabras que hoy parecen casi utópicas: ***“la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común”*** (Hechos 4:32). No se trata de un sistema impuesto, sino de un fruto del Espíritu. Cuando el corazón es uno, los recursos también se alinean.

En ese ambiente, la generosidad deja de ser heroica y pasa a ser normal. Nadie da para sobresalir, nadie retiene por temor. El amor gobierna. Y cuando el amor gobierna, la provisión fluye. La economía del Reino no elimina la propiedad privada, pero sí elimina la indiferencia. Nadie vive aislado de la necesidad del otro.

Esto tiene un impacto profundo en la misión. Una iglesia que vive bajo la economía del Reino no puede ser estéril espiritualmente. Sus recursos no se estancan; circulan. Y donde hay circulación, hay vida. Donde hay vida, hay crecimiento.

Jesús lo demostró una y otra vez. No multiplicó panes para enriquecer a unos pocos, sino para alimentar a una

multitud. No convirtió el agua en vino para crear lujo, sino para restaurar una celebración. En el Reino, la provisión siempre tiene un propósito redentor.

La economía del mundo produce acumulación y desigualdad. La del Reino produce distribución y dignidad. Cuando alguien es sostenido en su necesidad, no recibe solo pan; recibe honra. Se le recuerda que no está solo, que es parte de una familia, que su vida importa. Por eso la generosidad comunitaria es una de las mayores expresiones del Evangelio. El mundo puede discutir nuestras doctrinas, pero no puede negar una comunidad que ama de manera concreta. Donde hay pan compartido, hay un Cristo presente.

La economía del Reino también crea una nueva relación con el trabajo. Ya no se trabaja solo para uno mismo, sino para tener ***“qué compartir con el que padece necesidad”*** (Efesios 4:28). El trabajo se convierte en una herramienta de bendición, no solo en un medio de supervivencia.

Cuando una iglesia entiende esto, deja de preguntarse cuánto cuesta ayudar y empieza a preguntarse cuánto cuesta no hacerlo. Porque sabe que la retención produce sequía espiritual, pero la generosidad produce lluvia. En este punto, la fe deja de ser teórica. Se vuelve visible. Se vuelve palpable. Se vuelve una fuerza que transforma barrios, familias y ciudades. Y esa es la señal de que la economía del Reino está operando: cuando nadie queda olvidado, y cuando lo que uno tiene se convierte en provisión para muchos.

Vivir bajo la economía del Reino es, en esencia, aprender a vivir sin miedo al mañana. No porque el mañana no exista, sino porque Dios ya está en él. La ansiedad pertenece al sistema de este mundo; la confianza pertenece al Reino. Jesús fue claro cuando dijo que no nos afanáramos por lo que habríamos de comer, beber o vestir, porque el Padre conoce nuestras necesidades (**Mateo 6:31 y 32**). El afán es una confesión de desconfianza. La fe es una confesión de reposo.

Cuando alguien entra en la economía del Reino, deja de medir su vida por la cantidad de recursos disponibles y comienza a medirla por la fidelidad de Dios. Eso no produce pasividad, sino una actividad diferente: se trabaja con diligencia, pero se vive sin desesperación. Se planifica, pero no se idolatra el plan. Se siembra, pero se confía en el dador de la cosecha.

El temor al futuro es una de las raíces más profundas de la tacañería. Se retiene porque se teme. Se acumula porque se desconfía. Pero cuando el Reino gobierna, el futuro deja de ser una amenaza y se convierte en una promesa. El creyente sabe que Aquel que lo llamó es fiel, y que su provisión no depende solo de las circunstancias, sino de la gracia.

Esta es una de las razones por las que Jesús vinculó el buscar primero el Reino con la provisión diaria (**Mateo 6:33**). No es una transacción; es una alineación. Cuando el

corazón se ordena, las cosas se ordenan. Cuando Dios ocupa el primer lugar, todo lo demás encuentra su lugar correcto.

La economía del Reino también produce una libertad profunda frente a la pérdida. Quien vive para acumular vive aterrorizado por perder. Quien vive para el Reino sabe que nada verdaderamente valioso puede perderse. Porque su tesoro no está en lo que se guarda, sino en lo que se invierte en el cielo.

Por eso el creyente del Reino puede dar aun cuando no ve el resultado inmediato. Puede compartir aun cuando no tiene garantía humana. Puede soltar aun cuando el mundo le diga que es una locura. Porque sabe que la lógica del Reino no falla. Al final, vivir bajo la economía del Reino no es una técnica financiera; es una forma de adoración. Es declarar con cada decisión que Dios es digno de confianza. Que Él es la fuente. Que Él es el sustentador. Que Él es el Señor.

Y cuando una vida se alinea con esa verdad, el dinero deja de ser una cadena y se convierte en una herramienta. El futuro deja de ser un temor y se convierte en una esperanza. Y el alma encuentra un reposo que ninguna cuenta bancaria puede ofrecer. Esa es la verdadera prosperidad del Reino.

“Y mi Dios proveerá a todas vuestras necesidades, conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús.”

Filipenses 4:19

Capítulo ocho

LA LIBERACIÓN DEL ESPÍRITU TACAÑO

“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.”

Efesios 6:12

Hay cadenas que no se ven, pero gobiernan silenciosamente la vida de una persona. El espíritu tacaño es una de ellas. No siempre se manifiesta en pobreza visible; muchas veces se esconde detrás de una aparente prosperidad. Pero como enseñé en los capítulos anteriores, siempre produce el mismo fruto: un corazón atrapado por el miedo, el control y la desconfianza. Por eso la liberación no comienza en la billetera, sino en la vida espiritual.

La historia de Ananías y Safira no fue registrada en el libro de los Hechos como una advertencia financiera, sino como una revelación espiritual. Ellos no fueron juzgados por no darlo todo, sino por mentir al Espíritu Santo (**Hechos 5:3**

y 4). Su pecado no fue retener una parte, sino fingir que lo habían entregado todo. Fue el autoengaño lo que los destruyó. Querían el reconocimiento de la generosidad sin el precio de la entrega.

Este es uno de los aspectos más peligrosos del espíritu tacaño: su capacidad de disfrazarse de piedad. Puede cantar, puede ofrendar, puede hablar de fe, pero sigue aferrado al control. Quiere parecer generoso sin dejar de ser dueño. Quiere la reputación de libertad sin la rendición que la produce.

Pedro confrontó a Ananías con una pregunta que atraviesa los siglos: ***“¿Por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo?”*** (Hechos 5:3). La tacañería no es solo un mal hábito; es una influencia espiritual que busca ocupar el corazón. Cuando alguien retiene por miedo, ese miedo se convierte en un espacio donde el enemigo opera.

La liberación comienza cuando la verdad expone la mentira. Ananías y Safira se engañaron a sí mismos antes de engañar a la iglesia. Dijeron con su boca lo que su corazón no había decidido. La hipocresía económica es una de las formas más sutiles de hipocresía espiritual.

Dios no necesita nuestro dinero. Necesita nuestro corazón. Y el dinero es una de las llaves que más fácilmente revela dónde está ese corazón. Por eso Jesús habló tanto de este tema. No porque quisiera recursos, sino porque quería

libertad para sus discípulos y a través de enseñarles a ellos, sabía que nos alcanzaría a todos nosotros.

La tacañería es una forma de idolatría silenciosa. No se postra ante una estatua, pero sí ante una cuenta bancaria. No canta himnos, pero sí confía. Y donde hay confianza, hay adoración. La liberación ocurre cuando esa adoración es redirigida a Dios. Si yo les hubiera enseñado durante todo el libro sobre idolatría a falsos dioses, nadie dudaría del pecado y del aspecto espiritual de dicho pecado. Bueno, así es con la tacañería, no solo es pecado, sino que claramente es una condición espiritual muy delicada.

El Espíritu Santo no confronta para destruir, sino para sanar. Cuando expone el espíritu tacaño, no lo hace para avergonzar, sino para liberar. Quiere sacar a la luz lo que está atando al alma, para que la gracia pueda romperlo. Yo me doy cuenta cuando enseño sobre el tema, la rigidez de algunos hermanos. Cuando escuchan sobre el tema dinero, pasan de la grata recepción a la hostilidad espiritual. No es que lo hacen a propósito, pero sus rostros son mudados y miran con evidente malestar, rechazando toda enseñanza financiera. Es entonces cuando se puede ver claramente la operación espiritual de las tinieblas.

La historia de Ananías y Safira no pertenece al Antiguo Testamento, sino al Nuevo Pacto. Es una historia dura, pero también es misericordiosa. Dios mostró cuán serio es este asunto, para que otros no cayeran en el mismo engaño. La iglesia naciente fue preservada de una corrupción que habría

contaminado su corazón. Hoy en día, parece haberse perdido ese temor reverente de lo que hacemos con la ofrenda, pero creo que en estos tiempos debemos recuperarlo.

La liberación comienza cuando dejamos de fingir. Cuando decimos la verdad sobre nuestra relación con el dinero. Cuando dejamos de justificar el miedo. Cuando confesamos que hemos confiado más en lo que tenemos que en Aquel que nos lo dio. Este es el primer paso hacia la liberación: “La verdad ante el Señor y ante uno mismo”.

La verdad abre la puerta, pero la obediencia es la que permite que la libertad entre. Una vez que el espíritu tacaño ha sido expuesto, comienza un proceso que no es instantáneo, pero sí profundamente transformador. La Escritura no presenta la sanidad del corazón como un acto mágico, sino como un camino de rendición.

La confesión es el primer acto de esa rendición. No una confesión superficial, sino una honesta. Reconocer delante de Dios que hemos amado el control, que hemos confiado en los recursos más que en su fidelidad, que hemos usado el dinero como refugio emocional. ***“El que encubre sus pecados no prosperará, más el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia” (Proverbios 28:13).*** La confesión rompe el poder del secreto, y donde la luz entra, las tinieblas pierden su autoridad.

Pero la confesión verdadera siempre conduce a la restitución. Zaqueo lo entendió cuando, al encontrarse con

Jesús, declaró que devolvería cuatro veces lo que había tomado injustamente (**Lucas 19:8**). No fue una exigencia externa; fue un fruto interno. El corazón que ha sido tocado por la gracia ya no puede seguir reteniendo lo que no le pertenece. La restitución es una forma de decirle a Dios: “Ya no quiero vivir bajo el viejo sistema”.

En el ámbito del espíritu tacaño, la restitución no siempre es solo devolver dinero. A veces es comenzar a sostener lo que antes se ignoraba. A veces es bendecir donde antes se era indiferente. A veces es dejar de esconder lo que Dios nos pidió que entregáramos. La restitución no empobrece; sana.

Luego viene la práctica constante del dar. No como un sacrificio forzado, sino como una disciplina espiritual. Así como el ayuno disciplina el cuerpo y la oración disciplina el alma, el dar disciplina el corazón. Lo entrena para confiar. Lo entrena para soltar. Lo entrena para vivir en la lógica del Reino. Con el tiempo, lo que al principio puede parecernos difícil se vuelve natural. La mano se abre sin dolor. El corazón ya no tiembla ante la posibilidad de dar. La fe ha aprendido que Dios no falla.

La oración también es parte de este proceso. No una oración para que Dios nos haga ricos, sino para que nos haga libres. Para que sane las heridas de inseguridad que muchas veces alimentan la tacañería. Para que arranque las raíces del miedo que se esconden detrás del control.

El Espíritu Santo es el único que puede hacer esta obra profunda. Ninguna enseñanza, por buena que sea, puede sustituir su trabajo interno. Pero la obediencia le da espacio. Cada acto de fe es una invitación a que Él siga limpiando el corazón.

La liberación del espíritu tacaño no produce solo una nueva relación con el dinero; produce una nueva relación con Dios. La confianza se vuelve más íntima. La dependencia se vuelve más real. La vida se vuelve más liviana. Y en ese proceso, el creyente descubre algo precioso: que dar ya no es una carga, sino una alegría. No porque siempre sea fácil, sino porque ahora está alineado con el cielo.

Hay un gozo que no puede ser comprado. No depende de cuánto se tiene, sino de cuán libre se es. Ese gozo es el fruto final de la liberación del espíritu tacaño. Cuando el alma deja de aferrarse, comienza a respirar. Cuando el corazón deja de protegerse, comienza a confiar. Y cuando la fe ocupa el lugar del miedo, la vida entra en una dimensión nueva.

El desprendimiento no es pérdida; es recuperación. Se recupera la paz. Se recupera la sencillez. Se recupera la capacidad de creer sin reservas. Jesús dijo que donde está nuestro tesoro, allí estará nuestro corazón (**Mateo 6:21**). Pero también es cierto lo inverso: cuando el corazón es sanado, el tesoro deja de esclavizar.

La persona verdaderamente libre puede dar sin ansiedad y recibir sin culpa. Ya no necesita demostrar nada. Ya no necesita acumular para sentirse segura. Sabe que su

vida está escondida en Dios, y que ninguna escasez puede tocar lo que Él guarda.

Este es el punto donde la fe deja de ser un concepto y se convierte en una experiencia. La provisión ya no es solo algo que se espera; es algo que se conoce. El creyente ha visto a Dios obrar. Ha visto cómo, una y otra vez, lo que fue entregado volvió transformado en gracia.

El espíritu tacaño siempre promete seguridad, pero nunca la da. La fe promete descanso, y lo cumple. Cuando una persona aprende a vivir con las manos abiertas, descubre que nunca estuvo realmente en peligro. Que el Padre siempre estuvo allí. Por eso la liberación no termina con una cuenta más grande, sino con un corazón más liviano. No termina con más posesiones, sino con menos cadenas. El gozo del desprendimiento es uno de los regalos más profundos del Reino.

En una iglesia donde este espíritu ha sido roto, la generosidad deja de ser un tema y se convierte en una cultura. La honra fluye. La provisión fluye. La misión avanza. Y Dios es glorificado no solo en palabras, sino en hechos. Al final, la mayor evidencia de que alguien ha sido liberado no es cuánto da, sino cuán en paz vive al dar. Ya no teme quedarse sin nada, porque ha descubierto que en Dios nunca falta nada.

Y esa es la verdadera victoria: vivir sin miedo, con el corazón lleno y las manos abiertas.

Además, cuando esa libertad llega, también llega la abundancia. Cuando alguien es un dador alegre, es porque ha comprendido lo que implica el privilegio de hacerlo. Cuando digo que se pierde el temor a quedarse sin nada, no es porque eso puede pasar, sino porque es imposible que alguien dadivoso quede sin nada. Dios siempre da semilla al que siembra (**2 Corintios 9:10**), y el que siembra generosamente en el Reino, siempre tiene cosecha en abundancia (**2 Corintios 9:6**).

La liberación financiera no solo trae recursos para la obra de Dios, sino que desata una fuente inagotable de recursos para todos los hermanos. Si tan solo, los hijos de Dios comprendieran la dinámica financiera del Reino, abrirían su mano de manera extraordinaria, y eso también generaría una expansión impresionante de la obra. Créanme que nadie pierde dándole al Señor de la obra. Nunca jamás podremos superar Su amor y Su generosidad. Eso debería ahuyentar todo temor. Comprender todo lo que nos ha dado en Cristo, debería ser más que suficiente para reconocerlo como amo y Señor de todo lo que somos y tenemos.

Debemos estar claros que Dios nunca diseñó a sus hijos para vivir bajo el yugo de la escasez, del miedo o de la estrechez del alma. Desde el principio, Su propósito fue formar una familia que caminara bajo la bendición, no como un privilegio egoísta, sino como una expresión visible de Su fidelidad. Esto lo vemos con claridad en la vida de los hombres y mujeres que caminaron con fe en su tiempo. Si

ellos lograron proezas en pactos limitados y precarios, cuanto más nosotros debemos acceder a la bendición en Cristo.

Hay varios ejemplos que puedo citar, pero quisiera cerrar el libro con el ejemplo de Isaac, el hijo de la promesa, porque él no fue el resultado de una posibilidad humana, sino de una promesa divina y creo que es una clara figura de nuestra regeneración en Cristo. Él fue concebido cuando ya no había esperanza natural, y por eso toda su vida estuvo marcada por un principio espiritual inquebrantable: donde hay promesa, hay provisión. Él no sólo heredó una descendencia numerosa; heredó una identidad de bendición. La Escritura declara:

“Cuando Isaac sembró en aquella tierra, cosechó ese año al ciento por uno, porque el Señor lo bendijo. El varón se enriqueció, y fue prosperando y engrandeciéndose hasta hacerse muy poderoso.”

Génesis 26:12 y 13

Isaac comprendía algo que muchos olvidan: la bendición de Dios no anula el trabajo, lo potencia. La fe no produce pasividad; produce movimiento. Los hombres de fe no se quedan esperando que las cosas cambien por sí solas, sino que se alinean con el cielo y actúan en la tierra. Por eso Isaac cavaba pozos. Allí donde otros veían desierto, él veía una oportunidad. Allí donde otros aceptaban sequedad, él buscaba agua.

Cada pozo que Isaac abría revelaba una verdad profunda: la provisión ya estaba allí, esperando a alguien que

creyera lo suficiente como para cavar. El agua no apareció porque el suelo cambiara, sino porque Isaac no se conformó. El espíritu contrario al Reino no es la pobreza material; es el conformismo del corazón. La tacañería no comienza en la billetera, comienza en una mentalidad que teme perder y no cree que Dios pueda proveer.

Los filisteos, que no trabajaban la tierra, veían los pozos de Isaac y los reclamaban. Querían apropiarse de lo que no habían sembrado. Esa historia sigue repitiéndose en todos los tiempos: personas que no quieren pagar el precio del esfuerzo, pero sí desean los frutos de la perseverancia ajena. Sin embargo, Isaac no entró en conflicto. Sabía que la fuente de su bendición no era un pozo, sino el Dios que lo acompañaba. Por eso, cuando le quitaban uno, él cavaba otro... y allí volvía a brotar el agua.

Esa es una de las mayores libertades espirituales que puede experimentar un hijo de Dios: cuando sabemos que la bendición camina con nosotros, no necesitamos pelear por territorios, porque donde vayamos el cielo abrirá fuentes. La escasez pelea; la abundancia fluye ante los benditos obedientes. El ego se aferra; la fe confía.

Jesús confirmó este mismo principio cuando dijo: ***“Al que te quite la capa, dale también la túnica... Traten a los demás como les gustaría que ellos los trataran a ustedes” (Lucas 6:29 al 31).*** No es debilidad; es identidad. Los que sabemos quiénes somos en Dios no necesitamos defendernos

con dureza, porque sabemos que nuestra provisión no depende de los hombres, sino del Padre.

La vida es un regalo sagrado. El enemigo siempre intentará robarnos ese tiempo por medio de contiendas, ofensas, juicios y amargura. Pero los hijos de Dios no estamos llamados a vivir en conflicto, sino a transformar la realidad que nos rodea, trayendo el cielo a la tierra. Somos bendecidos para bendecir. Somos prosperados para ser un canal. Somos enriquecidos para reflejar la bondad de Dios en un mundo seco.

Isaac fue tan bendecido que incluso el rey que antes lo había rechazado tuvo que reconocerlo y buscar la paz con él. Cuando la bendición de Dios reposa sobre una vida, hasta los adversarios deben admitirlo. Y esa misma gracia sigue vigente hoy.

Este libro no fue escrito para producir culpa, sino libertad. No para condenar, sino para sanar. Dios no quiere quitarnos cosas; quiere quitarnos el miedo, la tacañería y la desconfianza que nos impide recibir todo lo que Él ya ha preparado para nosotros. Cuando caminamos en fidelidad, no sólo somos liberados: somos impulsados hacia la productividad, la creatividad y la abundancia del Reino.

Hay manantiales preparados por Dios en medio de todo desierto. Hay fuentes esperando nuestra obediencia. Hay provisión esperando nuestra fe. Tomemos la pala de la

acción, cavemos los pozos con la generosidad y descubramos que ya hay bendiciones de todo tipo esperando por nosotros.

Amados hermanos, la tacañería es uno de los mayores impedimentos para recibir y avanzar en la fe. Algunos se escudan en la idea equivocada de que a Dios no le importa nuestro dinero. Es cierto: lo que a Él realmente le importa es nuestro corazón. Por eso nos pide, porque no permitirá que nuestro corazón sea gobernado por nada ni por nadie. El dinero, sin embargo, suele ser el primer tirano que pretende entronarse.

¡Jesucristo es el único Señor! No permitamos que las finanzas gobiernen nuestra vida ni determinen nuestro accionar. No entreguemos a Dios solo oraciones y alabanzas: entreguémosle todo lo que nos pida. Abramos nuestras manos y dejemos que nuestros recursos sean también una fuente de adoración y expresión del Reino.

***“Honra al Señor con tus riquezas
y con lo mejor de todo lo que produces.
Entonces él llenará tus graneros,
y tus tinajas se desbordarán de buen vino.”***
Proverbios 3:9 y 10 NTV



EPÍLOGO

***“Mejor es adquirir sabiduría que oro preciado;
Y adquirir inteligencia vale más que la plata.”***

Proverbios 16:16

A lo largo de estas páginas hemos hablado de dinero, pero en realidad siempre hemos estado hablando del corazón. Porque el dinero nunca es el verdadero problema. Es solo el espejo. Lo que revela es dónde está nuestra seguridad, a qué tenemos miedo y en quién realmente confiamos.

Ser tacaño no es simplemente gastar poco. No es ser ordenado. No es ser prudente. Ser tacaño es vivir con el alma cerrada, con el puño apretado y con el corazón dominado por el temor. Es intentar proteger la vida reteniéndola, cuando Dios nos enseñó que la vida se guarda entregándola.

El Evangelio del Reino no comienza con una orden, sino con una dádiva. ***“De tal manera amó Dios al mundo, que dio...” (Juan 3:16).*** El amor verdadero siempre se expresa dando. Por eso, cuando el dar desaparece, algo más profundo ha desaparecido: la revelación del amor.

Dios no nos llama a dar para empobrecernos, sino para liberarnos. No nos invita a soltar para perder, sino para dejar de estar atados. La generosidad no es una técnica financiera; es una señal de sanidad espiritual. Un corazón sano puede

confiar. Un corazón sano puede compartir. Un corazón sano puede descansar.

Este libro no fue escrito para producir culpa, sino para abrir puertas. Puertas a una vida más liviana. Puertas a una fe más profunda. Puertas a una comunión más real con el Padre. El dinero deja de ser una amenaza cuando deja de ser un dios. Y deja de ser un dios cuando vuelve a ser solo una herramienta.

Cada creyente debe hacerse una pregunta sencilla y honesta: ¿lo que poseo me posee a mí, o yo lo administro para Dios? La respuesta no se encuentra en una cifra, sino en una actitud. En cómo se da. En cómo se retiene. En cómo se confía.

La libertad que Cristo compró en la cruz incluye nuestra relación con lo material. Él no vino solo a perdonar pecados, sino a romper yugos. Y la avaricia es uno de los yugos más antiguos y más pesados que existen.

Hoy, Dios sigue llamando a su pueblo a vivir con las manos abiertas y el corazón lleno. No porque Él necesite algo, sino porque nosotros necesitamos ser libres.

“Cristo nos libertó para que vivamos en libertad. Por lo tanto, manténganse firmes y no se sometan nuevamente al yugo de esclavitud.”

Gálatas 5:1

Oración final:

Padre amado, venimos delante de Ti con un corazón abierto. Reconociendo que muchas veces hemos confiado más en lo que tenemos que en Ti. Hemos retenido por miedo. Hemos guardado por inseguridad. Hemos querido controlar lo que solo Tú puedes sostener...

Hoy renunciamos a toda actitud e influencia del espíritu de tacañería, al temor al mañana y a toda forma de avaricia que haya tocado nuestro corazón. Entregamos delante de Ti nuestra relación con el dinero, con los recursos, con el futuro y con la provisión....

*Límpianos, Señor, sánanos y mantennos en libertad...
Enséñanos a vivir como hijos y no como huérfanos...
Enséñanos a confiar como quienes saben que el Padre es fiel.
Enséñanos a dar con gozo, a sembrar con fe y a vivir con libertad...*

Declaramos que Tú eres la fuente de nuestra bendición, nuestro sustento y nuestra seguridad, y declaramos que nada me falta porque Tú estás, y estarás con nosotros todos los días hasta el fin del mundo...

En el nombre de Jesús ¡Amén!

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial,
porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo
mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir
en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para
que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo,
que en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de
vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia
ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con
alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin
su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://www.osvaldorebolleda.com) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

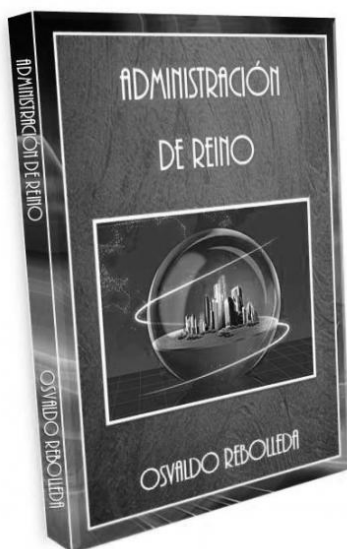
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

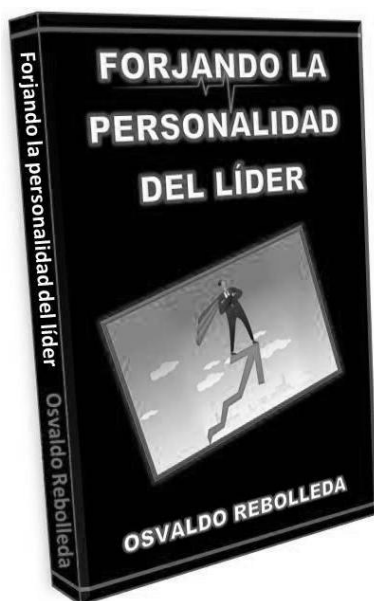
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

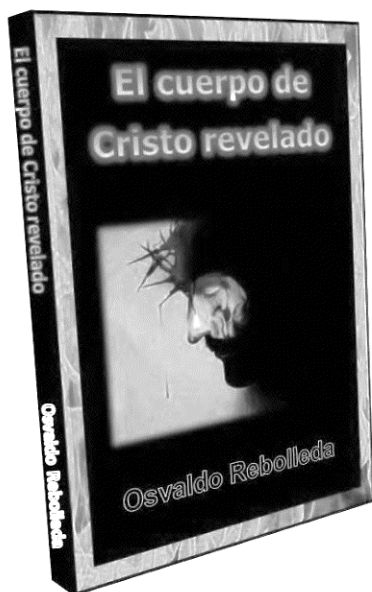
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

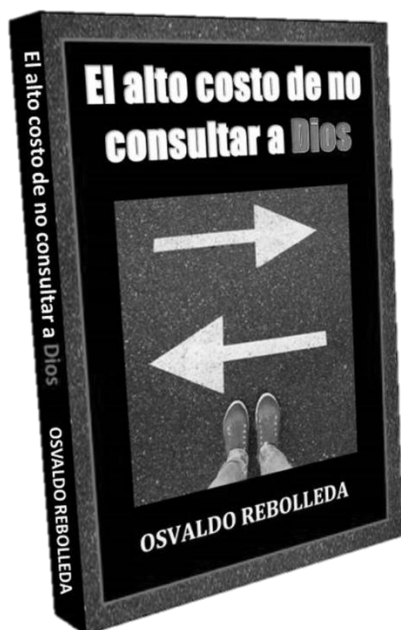


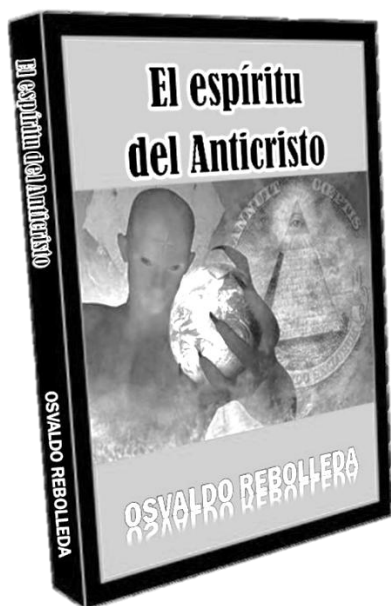
www.osvaldorebolleda.com



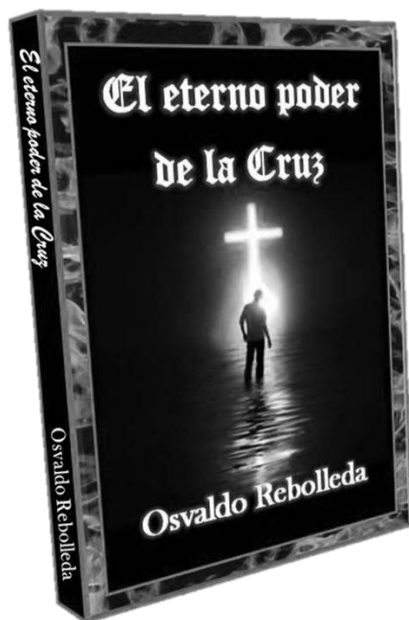
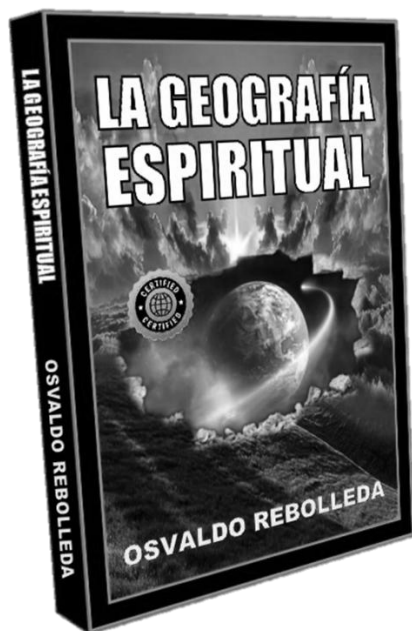


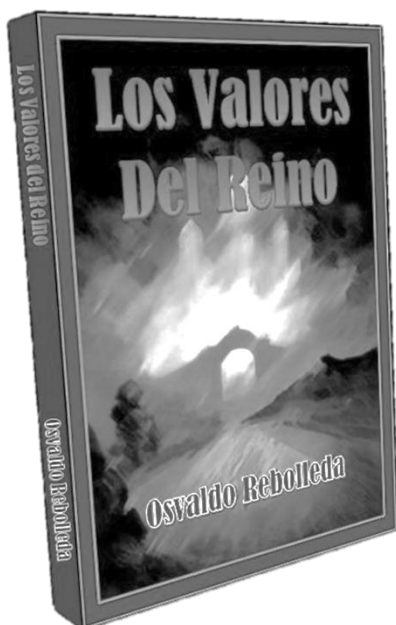
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

